

La familia en la historia de Jesús¹

LUIS ÁNGEL MONTES PERAL*

RESUMEN: La historia de Jesús testimonia dos clases de familia: la biológica y la escatológica. Constituye un hecho incuestionable que, durante su actividad pública, Jesús estuvo desasido de la familia terrena, como se constata en la relación que mantuvo con su madre María. Puso todo su empeño en congregarse en torno suyo a la familia de los hijos y hermanos del reino, para presentársela al Padre como ofrenda agradable a sus ojos. Por la *familia Dei* desgastó su vida e incluso se entregó a la muerte. Después de la resurrección, su familia de la carne y de la sangre se convierte en parte fundamental de la familia escatológica. Tiene una presencia bien significativa en la más primitiva comunidad de Jerusalén (Hch 1, 14) y su primo hermano Santiago (Mc 6,3) llega a ocupar la presidencia de la comunidad madre del cristianismo.

PALABRAS CLAVE: parientes, familia, María, madre.

ABSTRACT: The history of Jesus testifies to two classes of family: the biological and the eschatological. It is a fact that during his public life Jesus was disengaged from the earthly family, as it is attested by the relation he maintained with his mother, Mary. He invested all his energy in congregating around himself the family of the children and brethren of the kingdom, in order to present it to the Father as a pleasing tribute in his eyes. For the sake of the family of God he expiated his life, even unto death. After the resurrection, his biological family becomes a fundamental part of the eschatological family. It occupies a significant role in the early primitive community of Jerusalem (Acts

* montesperal@gmail.com

¹ Conferencia, pronunciada el 18 de febrero de 2008 en el Auditorio de Caja España de Palencia, dentro del marco de unas Jornadas de Teología, dedicadas a *La Familia en la Iglesia y en la Sociedad*. Ha sido un tanto modificada para su publicación aquí y también provista de notas aclaratorias.

1, 14) and his own cousin brother (*adelphos*) Jacob (Mc 6.3) succeeds in becoming the president of the mother community of Christianity itself.

KEY WORDS: relatives, family, Mary, mother.

INTRODUCCIÓN

La familia constituye una de las instituciones esenciales de la sociedad y ha acreditado repercusiones decisivas en el desenvolvimiento de los pueblos. Ha mantenido en el pasado y sigue manteniendo en la actualidad, a pesar de la crisis por la que pueda atravesar en la época moderna, una importancia determinante para el presente y futuro tanto de la Iglesia como de la sociedad civil. De ahí que queramos reflexionar sobre ella de la mano de Jesús en compañía de sus discípulos más directos.

Lo hacemos así porque indudablemente la familia para nosotros, personas creyentes, tiene que ver mucho con la fe y el fundamento histórico de nuestra fe no puede provenir de nadie más que de Jesús. Por eso, deseamos reflexionar ahora acerca de lo que Jesús vivió, testimonió y enseñó en relación con la familia. En realidad descubrir el origen de algo significa tanto como captar la esencia misma de esa realidad. Para conocer la familia cristiana entonces, tal como la presenta nuestra fe, resulta imprescindible remontarnos a Jesús, el fundador del cristianismo y el iniciador de una *nueva forma* de entender la base familiar, que ha sido decisiva en el progresivo desarrollo de la sociedad occidental, tan impregnada del espíritu cristiano.

1. Justificación del tema

Una de las razones más poderosas, si no la más decisiva, que tenemos para volvernos una y otra vez a Jesús y al cristianismo primero, seguidor de su camino y realizador de sus designios en el tiempo, consiste en esclarecer aspectos esenciales que afectan a nuestra vida personal y comunitaria y pueden ayudarnos a orientar nuestra actuación en la forma debida. No cabe duda que volvernos al pasado, con la sana intención de recordarlo, nos capacita para situarnos debidamente en el presente, darle la correcta orientación e incluso transformarlo en beneficio de todos. En relación con el tema sobre el que queremos reflexionar aquí, nos interesa sobremanera conocer los orígenes de la familia cristiana, esclareciendo el comportamiento y los patrones que se encuentran en Jesús de Nazaret, de acuerdo con lo que en su día escribió J. Blank:

«El interés para legitimar y también para criticar y reformar el cristianismo contemporáneo en todas sus formas y expresiones es probablemente un motivo esencial, incluso el más fundamental, para el estudio de la historia del cristianismo primitivo»², que encuentra su inicio en Jesús y prosigue en el movimiento iniciado por Él.

Según esto: si estudiamos aquí la familia en Jesús y en el cristianismo primitivo es guiados precisamente por esta misma motivación. Jesús y sus inmediatos seguidores nos muestran aspectos esenciales en torno a la familia, que configuran de modo perenne el entramado esencial de la realidad familiar cristiana. Desconocerlos significaría tanto como exponernos a tomar una dirección que nos podía llevar a errar en el camino trazado; conocerlos nos conduce, en cambio, a descubrir hoy la propia identidad de la familia en la Iglesia y su misión específica en la sociedad. En realidad su conocimiento, bien orientado, nos lleva a la conversión, al cambio de comportamiento, a orientar la familia «en espíritu y verdad».

2. Orientación

Para precisar lo más posible el contenido a tratar conviene de entrada *distinguir*, en la forma debida, los dos tipos de familia que estuvieron presentes en la historia de Jesús: el primer tipo tiene que ver con la propia familia de la carne y de la sangre, que podemos también llamar familia *biológica o terrena*; el segundo tipo hace relación con la familia de los hijos y hermanos del Reino, que Él congregó en turno suyo y que quiso presentar al Padre como ofrenda agradable a sus ojos. Se trata de la familia *espiritual*. Es este segundo proyecto de familia el que más tarde dió origen al cristianismo y el que a nosotros más nos interesa presentar aquí.

Dividimos entonces este estudio en dos grandes partes:

- En la primera abordaremos la familia terrena de Jesús.
- En la segunda estudiaremos su familia espiritual.
- Además presentaremos, en una especie de breve desenlace, su continuidad en el cristianismo primitivo.

² J. BLANK, *Vom Urchristentum zur Kirche* (Múnich 1982; Kösel) 16.

Primera parte: La familia terrena de Jesús

Para situar la familia terrena de Jesús en la debida perspectiva histórica empezamos abordando, aunque sea a grandes rasgos, el contexto sociocultural, en que estuvo inserta en aquellos momentos. Esta reflexión nos ayudará a valorar mejor su originalidad y la alternativa que aporta. Luego describiremos los rasgos característicos de esa familia, para terminar mostrando las relaciones que mantuvo con ella.

I. El contexto sociocultural

Si nos atenemos a los testimonios escritos y a los restos arqueológicos conservados, podemos afirmar que en la Antigüedad Clásica la familia jugó una importancia trascendental en el conjunto de las distintas sociedades. Pensadores de primera línea tanto griegos como romanos hablan de ella con detenimiento. Ya en Aristóteles aparecen tres relaciones en la administración doméstica: «el amo y el esclavo, el marido y la esposa, el padre y los hijos»³. Códigos de este tipo, y aún más especificados, aparecen más tarde tanto en el helenismo como en la sociedad romana⁴.

Volviendo al tiempo de Aristóteles, conviene resaltar que éste había enseñado que «el hombre es por naturaleza más apto para mandar que la mujer –a no ser que se dé una situación antinatural–, y el de más edad y maduro más que el joven e inmaduro»⁵. Los hijos debían estar sometidos a la «autoridad regia» del padre. «Pues el que los engendró ejerce el mando por afecto y por su mayor edad, lo cual es precisamente lo específico del poder real»⁶. Tal opinión, al haber sido expresada por el gran filósofo, mantenía su plena vigencia durante los siglos posteriores, con muy pocos retoques⁷.

³ *Política* I 1253b (Madrid Barcelona 2007; Biblioteca Gredos - RBA Coleccionables 34) 49; ARIO DÍDIMO (ed. STOBÆUS) 148,5-8.15-19.21; 149,1-5.

⁴ Cicerón, *De officiis* I 54; cf. Ef 5,21-6,9; Col 3,18-4,1.

⁵ *Política* I 1259b (o. c., 67).

⁶ *Ibidem*, 67s.

⁷ Los testimonios al respecto son muchos. Algunos directos, otros indirectos. Cf. L. B. ZAIDMAN, «En el oikos», en G. DUBY/ M. PERROT (dirs.), *Historia de las mujeres* I (Barcelona 1994; Círculo de Lectores) 400-414. Para las relaciones familiares en el judaísmo helenista, cf. Eclo 3,1-16; 7,18-28; 30,1-13; en relación con 7,18-28, «puede herir la sensibilidad del lector moderno comprobar que hijos y esposa son mencionados en idéntico contexto que el ganado. Pero en la época de Ben Sira –el autor del libro– circulaban tales ideas. Hijos y esposa eran considerados auténticas posesiones del pater-familias» (V. MORLA ASENSIO, *Eclesiástico* [Madrid 1992; Casa de la Biblia] 52), dotado como estaba del poder real, del que había hablado

En los países mediterráneos, donde está incluida Palestina, y en el siglo I, que coincide con el tiempo de Jesús, el elemento más característico del tejido social era su *estructura patriarcal*. Ésta aparece con fuerza en los llamados códigos domésticos, que encontramos en las literaturas grecorromana y judeocristiana de ese tiempo.

«La armonía de la familia se basaba en el sometimiento a la autoridad del *paterfamilias*, y esto contribuía a que la casa pudiera cumplir su función en la sociedad. El patriarcalismo fue clave en la organización social de los diversos pueblos del Mediterráneo oriental desde muy antiguo, y estaba tan enraizado en aquella cultura que sus pensadores justificaban el ejercicio de la autoridad paterna diciendo que ésta pertenecía a la naturaleza humana»⁸.

En la época de Jesús, el emperador *Augusto* introdujo una severa legislación sobre el matrimonio para fortalecer la familia patriarcal tradicional. Favorecía el alto número de nacimientos y de hijos, ya que las familias numerosas podían reforzar el extenso y complicado entramado del imperio. A su vez, por razones obvias, imponía sanciones severas y fuertes tasas a los solteros. A las viudas sólo se les permitía permanecer en su estado, si habían cumplido ya los cincuenta años de edad y no eran aptas ya para la procreación⁹.

Una posición muy interesante adoptaron en este tema los *estoicos*. Vinculados al derecho natural y romano, así como cercanos al cristianismo en muchos aspectos y de un modo especial en lo referente a la visión de la familia¹⁰, entendieron ésta como la célula básica de la sociedad, en la que se reflejaba el universo en su conjunto. La consideraban como un verdadero microcosmos, que reproducía a la perfección la marcha de la vida en la naturaleza. El orden de la casa familiar reproducía, a su vez, el orden de la polis, el desenvolvimiento del entramado socio-político, existente en la ciudad.

Aristóteles, y que concordaba perfectamente con el pensamiento judío sobre la preeminente posición del padre en la esfera familiar (V. MORLA ASENSIO, *Eclesiástico* (Madrid 1992; Casa de la Biblia) 52.

⁸ S. GUIJARRO, «Reino y familia en conflicto. Una aportación al estudio del Jesús histórico»: *Estudios Bíblicos* 56 (1998) 526.

⁹ Cf. P. E. CORBETT: *The Roman Law of Marriage* (Oxford 1930; University Press) 120ss. Citado por R. AGUIRRE, «La mujer en el cristianismo primitivo»: *Iglesia viva* 126 (1986) 535.

¹⁰ J. HIRSCHBERGER, *Historia de la Filosofía* I (Barcelona 2^a 1965; Herder) 230s.

También en el país de los judíos el hombre prevalecía como cabeza visible dentro y fuera de la casa. La mujer, por su parte, desempeñaba una función familiar subordinada en sus variados aspectos al varón:

«En Palestina, en la época de Jesús, las mujeres, en lo sucesivo alejadas de la esfera pública, estaban llamadas a ejercer las virtudes de la “mujer valerosa” (Prov 31,10) –esposa, madre, buena administradora– en el interior de la casa [...]. Hacia los doce años, incluso antes, las niñas pasaban de la potestad paterna a la potestad marital»¹¹.

Este estado de cosas, como no podía ser por menos, se mantenía también en el *judaísmo helenista* de la época. FILÓN DE ALEJANDRÍA, riguroso contemporáneo de Jesús, resume de este modo la armonía existente en la vida familiar conforme la Ley de Moisés, que explica una y otra vez en sus obras filosófico-teológicas:

«Las esposas deben servir a sus esposos con un servicio no impuesto mediante la violencia, y encaminado a lograr la dócil obediencia en todas ocasiones. Los padres deben mandar sobre sus hijos para preservarlos y brindarles sus atenciones»¹².

De acuerdo con las apreciaciones anteriores, el varón dominaba por completo la vida familiar hasta el punto que FLAVIO JOSEFO, recurriendo a la autoridad de la Sagrada Escritura sostiene con rotundidad:

«La mujer, dice la ley, es inferior al hombre en todo. Así, pues, debe obedecerle, no para humillarse, sino para ser dirigida, pues Dios otorgó al hombre la fortaleza»¹³.

Pues bien, en un contexto social y cultural así, en que el varón sobresalía por encima de la mujer en todo, nació, creció y se desarrolló Jesús. Como hombre de su tiempo participó del modo de entender la familia en su cultura, aunque también hizo algunas *correcciones*, bien significativas por cierto, que conviene tener muy en cuenta para conocer en profundidad

¹¹ M. ALEXANDRE, «Imágenes de mujeres en los inicios de la cristiandad», en G. DUBY/ M. PERROT (dirs.), *Historia de las mujeres* I, 471.

¹² *Apología pro iudaeis* 7,3 (FILÓN DE ALEJANDRÍA, «Hipotéticas», en *Obras Completas* V [Buenos Aires 1976; Acervo Cultural] 275).

¹³ *Adversus Apionem* II. 201 (FLAVIO JOSEFO, *Autobiografía. Contra Apión* [Madrid 1987; Alianza Editorial] 206).

su mensaje, así como el modo concreto de comportarse. No cabe duda que esto nos ayudará a orientar en la forma debida nuestra vida familiar.

Con todo, antes de reflexionar de lleno sobre la familia *de y en* Jesús conviene constatar que ésta sólo puede entenderse en el ámbito *intrajudío* y localizada en una insignificante aldea, llamada Nazaret. Toda su familia es judía: judío es José, su padre adoptivo, descendiente del linaje de David (Mt 1,16); judía es su madre, María; judíos todos sus parientes: tíos y primos. En la familia terrena de Jesús no aparecen relaciones explícitas con el mundo pagano, dignas de ser destacadas. Cuando la familia de Jesús se incorpora a su movimiento, sobre todo a raíz de su resurrección, tiene un destacado protagonismo en los inicios de la comunidad de Jerusalén, siempre entendida ésta como movimiento de renovación intrajudío¹⁴.

Conviene destacar, del mismo modo, el respeto grande con el que Jesús habla de la mujer, a la que nunca considera inferior al varón (Mc 10,1-12; Mt 19,1-12). Mientras en sus contemporáneos más famosos encontramos con relativa frecuencia expresiones peyorativas sobre las mujeres, nada de esto es perceptible en las tradiciones sobre Jesús. No existe ni una sola frase en su labios pronunciada en contra de las mujeres. «Jamás se atribuye a Jesús nada que pueda resultar lesivo o marginador de la mujer»¹⁵. Bien al contrario, las defiende de las intransigencias de los hombres, que se tenían por buenos. Incluso las acepta en igualdad de condiciones en el discipulado.

II. Jesús creció en el seno de una familia pobre pero piadosa, afincada en la baja Galilea

De forma ocasional, aunque de acuerdo con las Escrituras Santas (Miq 5,2; Mt 2,5s), Jesús nació en Belén de Judea, como un bebé desvalido, fuera de la ciudad, en un comedero de animales¹⁶. Para la mayoría de la gente, un nacimiento así, hubiera resultado sumamente humillante. Para Jesús no lo fue nunca, desde que tuvo uso de razón, ya que siempre mostró una tendencia natural hacia la pobreza durante su adolescencia y su actividad pú-

¹⁴ Podemos entender aquí por movimiento de Jesús «el grupo formado por Jesús y sus discípulos en Palestina antes de su muerte y que continúa hasta la destrucción de Jerusalén del año 70», o hasta finales del siglo I (R. AGUIRRE, «La mujer en el cristianismo primitivo», o. c., 519).

¹⁵ *Ibidem*, 521.

¹⁶ Nada menos que en tres ocasiones menciona el evangelista que Jesús nació en un φάτιν, es decir en un pesebre (Lc 2,7.12.16). Cf. F. BOVON, *El Evangelio según San Lucas I* (BEB 85; Salamanca 1995; Sígueme) 164-194; A. STÖGER, *El Evangelio según San Lucas I* (Barcelona 1979; Herder) 70-88.

blica. De hecho, fue pobre por situación, vocación y misión. Nació y murió en pobreza extrema¹⁷. Quiso vivir como tal¹⁸ y anunció el evangelio, de un modo muy especial, a los sencillos y humildes¹⁹.

La fidelidad y piedad de José y María son ensalzadas en los *Evangelios de la Infancia* de Mateo y Lucas. Aquéllos, y de manera especial su madre, conservaron lo acontecido en su corazón (Lc 2,19) como el paso de Dios de forma sorprendente por sus vidas. Le dan sentidas gracias por el niño, a pesar de nacer en un ambiente tan sorprendente (Lc 2,21-24). Todos estos datos nos llevan a la conclusión cierta de que Jesús viene a nosotros en un pueblo, situado en los márgenes del mundo y como miembro de una familia pobre, aunque no miserable. Pero precisamente en esa familia humilde reposa la gracia y el favor del Señor y el niño va creciendo en sabiduría, desligado de los halagos del mundo (Lc 2,40.52). En una vida familiar callada «Jesús tiene que esperar hasta que llegue la hora en la que el crecimiento alcance su meta; entonces se presentará como profeta que superará a todos los profetas por la sabiduría de su conocimiento de Dios»²⁰.

La mayor parte de su vida transcurre en Nazaret²¹, una minúscula población de la baja Galilea. Gana el sustento diario como un trabajador sencillo, como un carpintero desconocido (Mc 6,3), que aprendió el oficio de su padre adoptivo (Mt 13,55) y realizó un trabajo sin brillo alguno, escondido en una aldea alejada de todo relumbrón. En su persona de hombre de aldea²² culmina la espiritualidad de los *anauim*, de los pobres de Yavé, que ponen su confianza en Dios, no en las riquezas de este mundo. Él mismo se considera uno de ellos, asumiendo y trascendiendo en este sentido la tradi-

¹⁷ Cf. R. PESCH, *Das Weihnachtsevangelium* (Friburgo - Basilea - Viena 2007; Herder); L. Á. MONTES PERAL, *Celebrar hoy la Navidad* (Burgos 2009; Monte Carmelo); U. LUZ, *El Evangelio según San Mateo* IV (BEB 115; Salamanca 2005; Sígueme) 430-460; J. GNILKA, *El Evangelio según San Marcos* II (BAB 56; Salamanca 1986; Sígueme) 362-386; J. A. FITZMYER, *El Evangelio según Lucas* IV (Madrid 2005; Cristiandad) 507-523; R. SCHNACKENBURG, *El Evangelio según San Juan* III (Barcelona 1980; Herder) 347-363.

¹⁸ Q 9,57-60 = Mt 8,18-22/ Lc 9,57-62. Cf. L. A. MONTES PERAL, *Tras las huellas de Jesús* (EE 95; Madrid 2006; BAC) 413-439.

¹⁹ Q 10,21-22 = Mt 11,25-26/ Lc 10,21-22. L. A. MONTES PERAL, *Jesús orante. La oración trinitaria de Jesús* (TeD 27; Salamanca 2006; Publicaciones de la UPSA) 53s. 65-67.

²⁰ A. STÖGER, *El Evangelio según San Lucas* I, 108.

²¹ Lucas nos informa que «cuando comenzó Jesús su ministerio, tenía unos treinta años y, en opinión de la gente, era hijo de José» (3,23). El primero de los datos no es demasiado seguro.

²² Cf. M. REGAL, «Xesús, aquel hombre de aldea»: *Encrucillada* 16 (1992) 5-19. Condensación y traducción al castellano: «Jesús, aquel hombre de aldea»: *Selecciones de Teología* 124 (1992) 306-310.

ción de sus mayores. Conviene tener muy en cuenta el conjunto de todos estos datos a la hora de situarlo en el debido contexto familiar.

1. La unidad familiar y la parentela

Cuando hablamos de la familia terrena de Jesús, necesitamos hacer una distinción fundamental entre la familia propiamente dicha y la parentela cercana, ya que una cuestión muy debatida desde mediados del siglo II consiste en saber por quienes estaban formadas ambas. Tenemos no pocos indicios en los Evangelios para poder afirmar con garantías de verdad que Jesús fue hijo único. No tuvo hermanos carnales, de modo que la unidad doméstica estaba formada por el cabeza de familia: José, por la madre: María y por un solo hijo: Jesús. La situación familiar de ser *hijo único* encaja perfectamente en la historia de Jesús sobre todo por estas tres razones básicas:

a) Es bien llamativo que tanto en los Evangelios, como en todo el Segundo Testamento, no contamos con *un solo texto* en que se afirme que María o José tuvieran un hijo o hijos, distinto(s) de Jesús. No conocemos, por lo tanto, la expresión «hijo de María» (Mc 6,3) o «hijo de José» (Lc 3,23; Jn 1,45;6,42) o «hijo del carpintero» (Mt 13,55), referida a otra persona distinta de Jesús.

b) Dando por cierta la noticia de Lucas de la ida de Jesús con sus padres a la fiesta de la Pascua (Lc 2,41-52), en caso de haber tenido hermanos menores, no se explica cómo María, dejando a los pequeños en Nazaret, hubiera podido peregrinar a Jerusalén con su esposo y Jesús. Una desatención así de sus deberes maternos más perentorios parece impropia de una madre atenta a sus obligaciones domésticas como era María.

c) Tampoco parece comprensible que Jesús hubiera encargado la custodia de su Madre al Discípulo Amado, nada menos que en la hora de la muerte, si hubiera tenido hermanos carnales (Jn 19,25-27)²³. Lo más lógico es que el primogénito hubiera confiado a uno de sus hermanos menores tan

²³ Cf. J. ERNST, «Die Brüder Jesu», en ID, *Das Evangelium nach Markus* (RNT 2: Ratisbona 1981; Pustet) 123s. No estoy de acuerdo, por lo tanto, con J. A. PAGOLA, cuando valorando el significado literal del término griego ἀδελφός, y apoyándose, según su opinión, en la postura más común de los expertos, sostiene que se trata de verdaderos hermanos y her-

sagrado deber. El simbolismo que puede tener la escena en el Cuarto Evangelio no invalida la apreciación.

Es verdad que en los Evangelios, en Hechos de los Apóstoles y en las Cartas Paulinas aparecen, en algunas ocasiones, las hermanas y hermanos de Jesús (Mc 6,3; Mt 13,55s; Hch 1,14; Jn 7,5; Gal 1,19; 1 Cor 9,5)²⁴, pero conviene precisar cómo se han entendido estos parientes de Jesús en la historia del cristianismo y cómo podemos entenderlos en el momento presente con las suficientes garantías de atenernos a la verdad histórica:

La primera respuesta viene de la mano de uno de los más famosos y antiguos evangelios apócrifos, el llamado *Protoevangelio de Santiago*, que trata de ensalzar la *virginidad perpetua* de María, la madre de Jesús. Escrito a mediados del siglo II, refleja corrientes populares en torno a la ya en aquel momento muy venerada figura de María, la Madre de Jesús, quien –según el relato– hasta los doce años fue alimentada por ángeles. Cuando hubo que casarla los sacerdotes reunieron a todos los viudos de Israel (VIII,3) y, por un milagro, fue escogido José por su esposo (IX, 4). Aunque al final aceptó tan singular matrimonio, José intentó primero oponerse por todos los medios: «Tengo hijos y soy viejo, mientras que ella es una niña; no quisiera ser objeto de risa por parte de los hijos de Israel» (VIII,2). Según esto, los «hermanos del Señor» serían sus hermanastros, hijos de José de un matrimonio anterior. Incluso el autor del relato sería uno de los mencionados hijos de José (XVII,1s; XXV,1), Santiago el menor, el que más tarde se convertirá en obispo de Jerusalén y del que pronto tendremos que hablar²⁵.

La opinión mantenida por el *Protoevangelio* fue más tarde seguida por los Santos Padres: Clemente de Alejandría, Orígenes, Efrén, Epifanio, Hilario de Poitiers, Ambrosio, el Pseudoambrosio. Hoy incluso la mantiene oficialmente la Iglesia griega. Orígenes también introdujo el parecer de que se trataba de primos carnales, ya que en hebreo no hay un término para «primo carnal». Este concepto se expresa con el mismo que «hermano».

Con todo, esta doble visión de los hechos no parece del todo satisfactoria. Intentamos, por eso, otra respuesta, bien plausible según mi en-

manas de Jesús. Cita a MEIER, tal vez el investigador católico de mayor prestigio en estos momentos que, después de un estudio exhaustivo, concluye: «la opinión más probable es que los hermanos y hermanas de Jesús lo fueron realmente» (*Jesús. Aproximación histórica* [Madrid 2007; PPC] 43, nota 11).

²⁴ Para valorar cada uno de los pasajes, cf. L. A. MONTES PERAL, *En la entraña de la mariología* (Burgos 2006; Monte Carmelo) 314-321.

²⁵ Cf. A. DE OTERO, *Los Evangelios Apócrifos* (BAC 148; Madrid ²1963; Editorial Católica) 136-176 (con texto bilingüe). Introducción y bibliografía (p. 126-135); H. J. KLAUCK, *Los evangelios apócrifos* (Santander 2006; Sal Terrae) 102-112.

tender, y muy bien expuesta por Blinzler²⁶, al que siguen otros autores²⁷, a los que me uno. José podría haber muerto muy pronto –el que Marcos no lo mencione, en algunos momentos bien llamativos durante la vida pública de Jesús, constituye un buen indicio de ello²⁸– y María, junto con su único hijo, fue acogida bajo la protección de sus parientes más próximos. Dentro de esa extensa parentela Jesús creció en Nazaret como uno más en el cálido hogar de un extenso ámbito familiar compacto y unido.

De ahí que no nos tenga que extrañar que algunos de esos familiares tan allegados, los que nosotros conocemos como primos carnales, fueran considerados en Nazaret como los hermanos y hermanas de Jesús (Mc 3,31-35 par; 6,3 par; Hch 1,14)²⁹. Y que tal opinión, cuando ya no se conocía la situación concreta, se mantuviera incluso en el primer cristianismo, por lo enraizada que estaba la expresión en la tradición sobre Jesús (Gal 1,19; 1 Cor 9,5)³⁰. Todos los

²⁶ BLINZLER, que ha estudiado como pocos el tema, resume así la cuestión planteada en esta posición: a) Los hermanos de Jesús no pueden ser hermanos carnales más pequeños; b) Santiago y José eran hijos de una María distinta de la madre de Jesús; c) Simón y Judas eran hijos de Cleofás, un hermano de José; d) No podemos determinar con más exactitud el parentesco entre Santiago (y José) con Jesús (J. BLINZLER, «Brüder Jesu»: *Lexikon für Theologie und Kirche* 2 [Friburgo de Brisgovia 1958; Studienausgabe 1986; Herder] 714-717; ID, «Zum Problem der Brüder des Herrn»: *Trier Theologische Zeitschrift* 67 [1958] 129-145; 224-246; ID, *Die Brüder und Schwestern Jesu* [SBS 21; Stuttgart 1967; Katholisches Bibelwerk]); compara con J. D. CROSSAN, «Mark and the Relatives of Jesus»: *Novum Testamentum* 15 [1973] 81-113; J. GILLES, *Les frères et soeurs de Jésus* (Paris 1979; Aubier); D. MARGUERAT, «Jésus, ses frères et ses soeurs», en *Le monde de la Bible* 155 (2003).

²⁷ Cf. ERNST, «Die Brüder Jesu», 124.

²⁸ Cf. J. GNILKA, *El Evangelio según san Marcos I* (BEB 55; Salamanca 1986; Sígueme) 178. El que Mc 3,31 y 6,1ss no mencione al padre de Jesús, sí a su madre, se debe muy posiblemente, afirma este autor, a que «José no vivía ya durante la vida pública de Jesús».

²⁹ La palabra «'ah» y «'ahat» = «hermano» y «hermana» entre los semitas se aplica también a la parentela próxima, sobre todo a los *primos carnales* (cf. E. JENNI (ed.), *Diccionario Teológico Manual del Antiguo Testamento I* (Madrid 1978) 168-175). De hecho no existe una palabra específica para designar a los primos carnales. En realidad el vocablo griego *hermano* puede tener bien distintos significados en la literatura neotestamentaria: a) normalmente hace referencia al «frater germanus», es decir, al hermano consanguíneo, al *hijo de una misma madre*; b) no es extraña, tampoco, la significación de «hermanastro». Mc 6,17-18 sostiene que Herodes Antipas era hermano de Filipos, es decir, hermano del mismo padre, Herodes el Grande. Conocemos por la historiografía de aquel tiempo que la madre era distinta: Herodes Antipas es hijo de Maltaces, en cambio Filipos lo es de Cleopatra, esposas ambas de Herodes; c) como traducción del Primer Testamento *hermano* puede designar, también, pariente, deudo y, sobre todo, *primo carnal*; d) también puede significar al «correligionario», esto es, el que profesa una *misma confesión religiosa*, el hermano en la fe. El primer escrito del Segundo Testamento usa esta acepción nada menos que en catorce ocasiones (1 Tes 1,4; 2,1.14.17; 3,2.7; 4,1.13; 5,1.4.12.25.26.27). Para un estudio detallado de la mariología de ambos Evangelios, cf. L. A. MONTES PERAL, *En la entraña de la mariología*, 143-301.325-358.

³⁰ J. REFOULÉ sostiene que no existe ninguna razón para suponer que, cuando Pablo escribe a los galatas y menciona a los «hermanos de Jesús» aquéllos pensaran que se trataba de

parientes nazarenos de Jesús formaban una especie de clan o parentela muy unida entre sí, en la que estaban bien integrados Jesús y su madre, teniendo en cuenta que María pronto había quedado viuda y con un solo hijo. Si a este hecho se añade que en arameo no existe un término apropiado para expresar la realidad del primo carnal, hace históricamente muy sólida la opinión mantenida aquí.

Pienso que los presupuestos dogmáticos posteriores parten de esta realidad histórica. Según esto, los hermanos y hermanas de Jesús no pueden ser considerados como consanguíneos de Jesús en primer grado, sino primos carnales o primos hermanos, si se quiere. Esta es la opinión que me parece más plausible y, según mi entender, la que tiene más visos de certeza y credibilidad histórica.

2. La Madre María

Aunque muchas de las manifestaciones de la María terrena escapan de la historia, podemos constatar que en las iglesias apostólicas y subapostólicas no pasó desapercibida su admirable figura por la sencillez carismática y el recio temple que testimonió en la vida de su Hijo. Lo que encontramos plasmado en el Segundo Testamento sobre ella deja entrever claramente que desde los orígenes los primeros creyentes, integrados en iglesias domésticas, hablaron con sumo respeto y gran veneración de la mujer que había dado al mundo al Salvador.

Entre las comunidades primitivas sobresalen con luz propia las del evangelista Lucas y del Discípulo Amado, en las que se gestaron el Tercer

primos (J. REFOULÉ, *Les Frères et soeurs de Jésus* [Paris 1995; Desclée de Brouwer]). Lo que pudieron entender los gálatas no es lo decisivo aquí. Lo decisivo, más bien, es lo que se escondía detrás de la expresión desde el punto de vista histórico. Y esto ya lo hemos constado. Por su parte J. DUQUESNE remacha: «Porque cuando Pablo habla de Santiago, al fin y al cabo escribe *adelphos*, mientras que cuando menciona a un primo de su amigo Bernabé, escribe *anepsios*» (J. DUQUESNE, *María*, o. c., 90). Ἀνεψιός (Col 4,10), efectivamente, es la palabra griega para primo. Pero esta distinción lingüística no prueba nada. La expresión «*hermanos del Señor*» pudo estar tan entrañada —lo volvemos a repetir— en las comunidades cristianas tanto judeocristianas como paganocristianas que se impuso universalmente, sin reparar en la verdadera relación familiar que se quería expresar en ella. El tema filológico, desde luego, no constituye la clave para descifrar de modo definitivo la cuestión histórica. Aun reconociendo que en griego ἀδελφός significa *hermano*, con los matices expresados en la nota anterior, lo decisivo es mostrar la experiencia histórica que se esconde detrás de la palabra (cf. R. PESCH, «Zur Frage der Brüder und Schwestern Jesu», en ID, *Das Markusevangelium I* [HThKNT II,1; Friburgo - Basilea - Viena 1976] 322-324. [Nachtrag zur 3. Auflage; 1980] 453-462). Alguien puede llamar a un tío *abuelo*, porque ha estado siempre muy cercano a él, y otros lo llamen de la misma manera, aunque sepan lo que en realidad significa abuelo como algo distinto a tío.

y el Cuarto Evangelio³¹. La lúcida y entrañable reflexión sobre María, que se consiguió en ambas comunidades, adquirió con el paso del tiempo una trascendencia tan decisiva –por encontrarse expresada en textos inspirados por el Espíritu y entrar de lleno en la Escritura Santa– que se convirtió en punto de partida de información sobre la Madre de Jesús. Esa reflexión constituye así el acceso histórico y la base perenne para comprender quién es esta mujer admirable y cuál es su puesto en la historia de su Hijo.

Efectivamente, sobre todo los evangelistas Lucas y Juan, representantes genuinos de sus respectivas comunidades y portavoces de su fe, presentaron con rasgos firmes la figura histórica de esa muchacha sencilla, humilde y fuerte, unida íntimamente a Dios, que fue María de Nazaret. Según su precioso testimonio:

«Ante todo fue una mujer y una mujer judía de pueblo con los condicionamientos propios de las de su raza. Dotada de sobresaliente piedad, de la misma fe de Abrahán, hija –según la tradición cristiana– del matrimonio entrañable, formado por Joaquín y Ana, esposa de un humilde carpintero de Galilea, pariente de Zacarías e Isabel y, sobre todo, Madre de Jesús. Su visión de la realidad estuvo empapada de la espiritualidad de los patriarcas; su religiosidad fue la propia de los piadosos de Israel. En su vida terrena se comportó como una mujer de recio temple, que llevó una existencia dura de superación y esfuerzo y que, a menudo, estuvo marcada por el sufrimiento y la tribulación. Conservó en su corazón cuanto acontecía en torno a su Hijo, respetó siempre su libertad en el cumplimiento de la misión confiada y, en la hora de la verdad, en la Cruz, supo mantenerse erguida junto a él como Madre Dolorosa. Si en algo se distinguió de sus compatriotas en el primer tercio del siglo I primero de nuestra era fue precisamente en la fuerza de su compromiso religioso y en la fidelidad con que supo cumplir las insinuaciones del Espíritu contra viento y marea y con frecuencia en unas condiciones heroicas.

El «hágase en mí según tu palabra», con que respondió a la embajada del arcángel Gabriel, que le preguntaba si estaba dispuesta a ser la que diera al mundo al Salvador, fue un «fiat» que supo mantener firme a lo largo de su existencia terrena con admirable entereza y leal responsabilidad. El camino que tuvo que recorrer desde entonces para llevar a cabo con dignidad y eficacia la tarea encomendada no fue un camino fácil, sino difícil y comprometido, que exigió de ella renuncia constante y entrega incondicional a los designios divinos.

³¹ Para un estudio detallado de la mariología de ambos Evangelios, cf. L. A. MONTES PERAL, *En la entraña de la mariología*, 143-301.325-358.

De todo esto se deduce que si es grande, por haber sido elegida por el Padre para ser la Madre de su Hijo, no es menos grande por haber colaborado a la obra de la salvación libremente “con fe viva y obediencia”, guiada por el Espíritu Santo»³².

La veneración por la figura de la Madre de Jesús viene, por lo tanto, de lejos, desde los inicios mismos del cristianismo. Los seguidores del Maestro, empezando por los de la primera hora, contemplaron a María no sólo como la Madre biológica del Hijo de Dios, sobre todo la admiraron como una mujer excepcional, adherida al Altísimo por una ilimitada disponibilidad a sus planes y vinculada estrechamente a los hombres, debido a su excepcional compromiso creyente. Fue precisamente su intensa espiritualidad, fundada en una personalidad sin par, lo que le abrió para siempre a Dios, a su Hijo y a los cristianos, empezando por los discípulos primeros. Aunque su paso por este mundo estuvo impregnado de humildad y lleno de grandes silencios, resaltados ya en el Evangelio (cf. Lc 2,19.51), pueden reconocerse algunos rasgos bien significativos de su actuación en la vida de Jesús y de su puesto de Madre.

3. El primo carnal Santiago el Justo³³

Tanto la familia propiamente dicha como la parentela de Jesús fueron personas muy religiosas. Su padre adoptivo y sus hermanos llevan el nombre de patriarcas del Primer Testamento³⁴. Su madre se llama como la hermana de Moisés y Aarón (Nm 26,59; 1 Cr 5,29; cf. Ex 15,20). Todos estos nombres acreditan su origen hebreo, aunque la tradición los haya grecizado; son propios de judíos que han hecho de la historia de la salvación el eje de su existencia.

Entre esta parentela tan próxima, quien más destaca es Santiago, por la importancia excepcional que más tarde jugó en la comunidad de Jerusalén, la más primitiva de todas las comunidades cristianas. Según esto, Jesús y Santiago muy bien pudieron pasar su juventud y primera adultez juntos

³² *Ibíd.*, 7s.

³³ Para una valoración global de este personaje tan próximo a Jesús y tan decisivo en la primera comunidad de Jerusalén, cf. L. A. MONTES PERAL, «A la búsqueda de identidades: Santiago el Zebedeo, Santiago el de Alfeo, Santiago de Nazaret»: *Estudios Bíblicos* LXVII (2009) 128-154.159s.

³⁴ José es el nombre del undécimo hijo de Jacob, que tanta significación tuvo en el destino posterior de su familia (Gn 37-50). Santiago procede de Jacobo o Jacob, el tercer patriarca, el nieto de Abrahán y el hijo Isaac. Judas y Simón son también hijos de Jacob, como José.

en Nazaret. Este hecho, sin duda, aumentó el prestigio de Santiago, al quedar al frente de los primeros seguidores de Jesús en Jerusalén, aunque en un primer momento no reconociese la misión de Jesús, cuando empezó a anunciar el Reino de Dios por las aldeas de Galilea. Y también podemos entender mejor por qué muy posiblemente se enfrentó a su primo, cuando empezó a salir por los caminos de Palestina a anunciar el Reino, desasiéndose de su Madre (Mc 3,21).

Flavio Josefo resalta e incluso ensalza la figura de Santiago, a quien sus contemporáneos le dieron el sobrenombre de *el Justo* con toda razón, ya que siempre se distinguió por el fiel cumplimiento de la Ley de Moisés. Pero por paradojas de la vida, quien ordenó su ejecución, tomó como pretexto para llevar a efecto la pena capital la infracción grave de la Torá³⁵.

III. Durante su actividad pública Jesús estuvo desasido de su familia terrena

Ya desde niño, Jesús mostró un mayor interés por las cosas del Padre de los cielos, que por los asuntos familiares, según nos informa Lucas, al final de su *Evangelio de la Infancia*. En el episodio referente a la primera fiesta que Jesús pasa con sus padres en Jerusalén, al cumplir los doce años (Lc 2,41-52), Jesús responde a su madre con la sorprendente respuesta de

³⁵ Lo último que conocemos de la vida de Santiago, su muerte *por* Cristo, su primo hermano y Señor, no lo consignan *Los Hechos de los Apóstoles* sino FLAVIO JOSEFO. En su último libro de las *Antigüedades judías*, al hablar del joven sumo sacerdote Anán, le caracteriza como «hombre de carácter severo y notable valor. Pertenecía a la secta de los saduceos que comparados con los demás judíos son inflexibles en sus puntos de vista». En un contexto así, habla de la muerte de Santiago como un ilegítimo *hecho consumado*, ejecutado por sorpresa: «Siendo Anán de este carácter, aprovechándose de la oportunidad, pues Festo había fallecido y Albino todavía estaba en camino, reunió al sanedrín. Llamó a juicio al hermano de Jesús que se llamó Cristo; su nombre era Jacobo, y con él hizo comparecer a varios otros. Los acusó de ser infractores de la ley y los condenó a ser apedreados» (XX 9,1). Este insólito modo de proceder le costó el puesto a Anán, que fue depuesto por los romanos por medio del rey Herodes Agripa II (el padre de quien había mandado ejecutar a Santiago el Zebedeo (Hch 12,1s), al arrogarse como Sumo Sacerdote prerrogativas que no tenía, para ejecutar una pena capital: «Pero los habitantes de la ciudad, más moderados y afectos a la ley, se indignaron. A escondidas enviaron mensajeros al rey, pidiéndole que por carta exhortara a Anán a que, en adelante, no hiciera tales cosas, pues lo realizado no estaba bien. Algunos de ellos fueron a encontrar a Albino, que venía de Alejandría; le pidieron que no permitiera que Anán, sin su consentimiento, convocara al sanedrín. Albino, convencido, envió una carta a Anán, en la cual lleno de indignación le anunciaba que tomaría venganza con él. Luego el rey Agripa, habiéndole quitado el pontificado, que ejerció durante tres meses, puso en su lugar a Jesús hijo de Damneo» (cf. FLAVIO JOSEFO, *Antigüedades de los judíos* III (Barcelona 1988; Clie) 342.

que tenía que preocuparse de las cosas de su Padre (Lc 2,49). Más tarde, cuando salió a anunciar la buena noticia del Reino por los caminos de Galilea, el modo cómo Jesús actuaba entre sus paisanos no agradó a sus parientes, por lo que el distanciamiento con respecto a sus allegados cada vez se hizo más patente, hasta el punto de llegar casi a la ruptura en algunos momentos sonados, las tensiones se fueron haciendo cada vez aún más llamativas. De lo expuesto aquí dan cumplida cuenta algunos testimonios de los cuatro evangelios, aunque no traten los hechos de manera directa. Abordamos este complejo entramado vital más detalladamente.

1. Contraposición entre las cosas del Padre y los asuntos familiares

Ya hemos mencionado, que Jesús crece en medio de un intenso clima religioso en el seno de la familia de Nazaret. Sus padres siguen cumpliendo las tradiciones religiosas de su pueblo y en el momento oportuno visitan junto con su ya crecido vástago el templo de Jerusalén, para celebrar la solemnidad de la pascua. María también se une a la peregrinación, aunque las mujeres no estaban obligadas a ello³⁶. Implícitamente se reconoce así la generosidad con que practica sus deberes religiosos. Todo le parece poco para ofrecérselo a su Señor, cumpliendo mucho más de lo que exigía la Ley y no ahorrando incluso grandes esfuerzos, no sólo físicos, como aparece en el caso que nos ocupa.

No nos interesa aquí conocer los pormenores del episodio, sino centrarnos en lo esencial de él, que se encuentra en el *diálogo* mantenido entre Jesús y su Madre (Lc 2,48-49)³⁷. A la pregunta de ésta: «Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Tu padre y yo te hemos buscado angustiados». Jesús adolescente le contesta: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?». Estas últimas palabras traslucen un acontecimiento relevante en el *desvelamiento progresivo* de la identidad de Jesús.

De hecho, representa –según el sentir de Lucas– un *momento bien significativo* en la revelación divina de Jesús como Hijo de Dios: lo que había anunciado el ángel Gabriel a María (1,32), lo que había sucedido veladamente en el pesebre de Belén en el acontecimiento del nacimiento (2,7), lo que proclamó un ángel del cielo (2,11), lo que fue reconocido por gentes sencillas y humildes, como los pastores (2,16-20), lo que confesaron, llenas del Espíritu Santo, personas justas y piadosas de buena voluntad, pertene-

³⁶ Cf. A. STÖGER, *El Evangelio según San Lucas I*, 102.

³⁷ Cf. F. BOVON, *El Evangelio según San Lucas Lc 1-9*. I, 230-234.

cientes al *resto de Israel*, como Isabel, Simeón y Ana (2,25-38), Jesús mismo, siempre según el testimonio lucano, lo vive desde su niñez con gran radicalidad religiosa, ya que desde los años de su adolescencia posee *perfecta conciencia de ser Hijo del Padre y vivir entregado al cumplimiento de su voluntad*. Precisamente el cumplimiento de la voluntad divina tiene para él una prioridad absoluta.

La intensidad e intimidad de la pertenencia a Dios, que se descubre en las palabras de Jesús, sólo pueden entenderse debidamente como *relación personal y religiosa entre Padre e Hijo*. Se da un paso trascendente: no aparece aquí el Mesías de la expectación judía, sino el Hijo procedente del Padre eterno. ¡Y es el mismo Jesús adolescente quien lo revela en un contexto insólito! Desde su niñez Jesús estuvo unido íntimamente con Dios, siendo plenamente consciente de *formar comunidad de vida y acción* con el Padre de los cielos, hasta el punto que la familia humana retrocede a un segundo plano. La revelación de la unidad de amor con el Padre y la formación de la familia nueva de los hijos y hermanos del Reino, de la que más adelante hablaremos, encuentran su *preludio* en la adolescencia.

Sin duda el *hecho histórico* más interesante, que descubre el relato, es éste: *desde su infancia* Jesús vivió la *filiación divina* de modo particularmente afectivo e intenso. Se entiende por completo desde Dios y tiende hacia Él. Vive para el Padre de manera tan radical que la *pertenencia al Padre* eclipsa por completo los fuertes lazos con su familia humana. En efecto, los pensamientos y sentimientos de Jesús corresponden por completo a la voluntad del Padre celestial, superando así la obediencia a los padres terrenos, prescrita por el mandamiento de Dios e incluso sancionada por Él mismo en un momento memorable (Mc 7,9-13; Mt 15,4-7).

Sobre Jesús se cierne una necesidad existencial, que va a determinar por completo toda su vida: «*estar en la casa de su Padre*»; es decir, «*unirse íntimamente a su Abba querido*» y representarlo entre los hombres, obrando en su nombre. El interés primero de su vida se centra en las cosas referentes a quien ama por encima de todo y de todos. Su causa, como veremos, se identifica con la formación de la familia nueva de los hijos y hermanos del Reino, que corresponde a la voluntad divina. Jesús se debe a los intereses de su Padre celestial hasta el punto que lo demás ocupa un lugar segundo (Mt 6,33).

«Existen en Cristo dos filiaciones, una es de su Padre, y otra de su Madre. La primera por su Padre, es toda divina, mientras que por su Madre ha descendido a nuestros trabajos y costumbres»³⁸. Y está meridianamente

³⁸ AMBROSIO DE MILÁN, *Tratado sobre el evangelio de san Lucas*, II, 64 (*Obras de San Ambrosio* [BAC 257; Madrid 1966] 122).

claro que Jesús opta aquí por su Padre celestial y por la representación de sus intereses, como no podía ser de otra forma cuando se conoce su trayectoria vital, insinuada ya en los pasajes anteriores.

Algo sorprendente a primera vista llama la atención: quien se encara aquí con Jesús no es su padre sino su madre. El hecho tiene una explicación bien clara en la intencionalidad del evangelista: «se debe a la perspectiva mariana del evangelio de la infancia de Lucas, así como a la intención literaria de situar mediante el diálogo al padre terreno y al Padre celestial frente a frente»³⁹. La figura de María, una vez más, es presentada aquí con gran dignidad y realismo: su fe aparece como *preocupada; está en camino*. Se trata de una fe, que se deja sorprender por lo inesperado del comportamiento de su Hijo. No entiende bien lo que Éste hace, pero se debe a Él como el enviado divino.

María está sorprendida por el proceder de Jesús, no comprende cómo puede haber hecho esa acción tanto a su padre como a ella, por eso pregunta con amor preocupado, no exento de reproche. «Las palabras de María son expresión espontánea del *dolor* y de la *angustia* durante las largas horas de búsqueda. María es una verdadera madre. La exposición tan sencilla y tan natural en nada disimula los sentimientos humanos»⁴⁰. Bien al contrario, les da rienda suelta, porque piensa en ese momento que su Hijo les debe una explicación. «En el reproche de María hay un tono de sutil reconvencción; un hijo obediente y responsable debería haberse comportado de otra manera»⁴¹.

Y la explicación llega en forma de pregunta dirigida tanto al padre como a la madre. Y llega precisamente orientada en una dirección que ellos no esperaban; por eso se muestran sorprendidos. «De todas formas, lo verdaderamente importante es que Jesús se refiere a Dios como a “su Padre”. En su pregunta late una cierta desilusión ante el hecho de que sus padres terrestres no hayan llegado a comprender que su relación específica con el Padre trasciende las vinculaciones más naturales, como son las de la familia»⁴². Pero en su interior María sabe ahora que esa es la respuesta exacta y, en lugar de lamentarse o hacer reproches, calla y conserva lo ocurrido en el santuario de su corazón (Lc 2,21). Su dolor da paso a la acogida de sus palabras y la meditación sopesada sobre ellas. Cualquier madre puede entender el disgusto de María, pero no la prontitud con que da acogida a la

³⁹ F. BOVON, *El Evangelio según San Lucas Lc 1-9*, I, 230.

⁴⁰ A. STÖGER, *El Evangelio según San Lucas I*, o. c., 104.

⁴¹ J. A. FITZMYER, *El Evangelio según Lucas II*, o. c., 286.

⁴² *Ibidem*, 288.

respuesta de su Hijo. Ahí está precisamente la diferencia, que eleva a María por encima de las demás madres.

2. Los parientes de Jesús no creyeron en él durante su actividad pública

Con bastante certeza podemos afirmar que los parientes de Jesús tomaron muy a mal el hecho cierto de que Jesús abandonara Nazaret y dejara a su madre con ellos, desatendiendo los deberes familiares más sagrados, según su parecer. La escueta información suministrada por Mc 3,21 es del todo conclusiva y adquiere tales tonos, que Mateo y Lucas se resisten a consignarla en sus respectivos escritos. Marcos, el más realista de los evangelistas, afirma con rotundidad que sus allegados no estuvieron de su parte, cuando salió por las aldeas galileas a anunciar la llegada del Reino de Dios, muy posiblemente sin contar con su consentimiento expreso. Al contrario se resistieron a reconocer su misión e incluso, de forma más o menos activa, se opusieron a ella, aunque desconocemos hasta donde llegó esa resistencia, convertida en abierta discrepancia.

Tanto Mc 3,21 como Jn 7,5 nos dan a entender claramente que los parientes próximos no creyeron en él, lo mismo que sus primos hermanos. Incluso urdieron un plan familiar para reducir a Jesús y llevarlo a su casa, ¡intentando incluso recurrir al descrédito o al insulto, para acallararlo! (Mc 3,21)⁴³. Incluso llegan a expresar públicamente la fuerte descalificación de que no estaba en sus cabales.

Un hecho se impone entonces: durante la actividad pública de Jesús la relación de los allegados de Jesús con su famoso pariente fue distante, no exenta de fuertes tensiones. Posiblemente participaban de la opinión de los nazarenos de que se le habían subido los humos a la cabeza y estaba siendo sobrevalorado en el ámbito galileo con su pretendida «*doctrina nueva, llena*

⁴³ Interesa precisar el significado griego referente al grupo de personas que están presentes en esta acción, presentada sólo en Marcos: «*οι παρ αυτουιμεσ*» (= «*los suyos*», literalmente «*los (que están) alrededor de él*»). Muy posiblemente el evangelista entiende por «*los suyos*» a *sus parientes*, sin que precise el grado de parentesco. Ésta parece ser la significación más acertada, por lo que dejamos a un lado otras interpretaciones. Según esto, Jesús fue objeto de grave incomprensión por parte de sus allegados, que incluso llegaron a considerarlo que no se encontraba en su sano juicio, que estaba «*fuera de sí*» (*ελεγον γαρ οτι εξεστη*). Ciertamente constituye un juicio muy duro, que no tiene parangón en la tradición evangélica. Mateo y Lucas lo han dejado fuera de sus respectivas obras, debido sin duda a su dureza. Puede ser que Santiago también participara de esta opinión, aunque en este sentido nada podemos asegurar.

de autoridad» (Mc 1,27). Pudieron pensar que su actuación, contemplada por ellos como ambivalente, podía traer el desprestigio de su toda familia⁴⁴. Quizá le consideraron un mal hijo, al desasirse de su familia y empezar una aventura religiosa, según su entender, de dudosos perfiles y consecuencias imprevisibles⁴⁵.

La pésima opinión de los parientes de Jesús, en la que podemos incluir también a Santiago, se apoya en el hecho de que éstos *no habían comprendido nada* del misterio inherente a la persona de Jesús y no habían logrado descubrir, y mucho menos asimilar, su *misión salvadora*. En este sentido no se comportaron de una forma muy diferente a los Doce, aunque éstos seguían a Jesús, creían en su proyecto y se esforzaban por asumir su estilo de vida. Estos ponderables no desacreditan a los parientes de Jesús en su comportamiento como *fieles judíos*, sino que colocan en su justo sitio la relación mantenida con su familiar que cada vez iba siendo más conocido entre sus compatriotas.

Al concluir esta primera parte, conviene hacer dos observaciones finales: cuanto hemos sostenido aquí en relación con sus familiares, no podemos extenderlo a su Madre. María siempre creyó en su Hijo y, aunque en ocasiones no entendió su comportamiento en toda su expresión, como en el caso de permanencia en el Templo de Jerusalén, siempre se comportó como su fiel aliada y como su primera discípula, según el sentir de Lucas⁴⁶.

⁴⁴ Efectivamente, el comportamiento decidido y arriesgado de Jesús podía acarrear a sus parientes trágicas consecuencias. Se estaba ganando la más manifiesta animosidad de algunos enemigos muy poderosos con su crítica a la ley, sus diálogos de disputa con los fariseos, sus actuaciones contrarias a las costumbres judías (Mc 2,1-3,6), que podían acarrearle un final desastroso ¡algo que en realidad se produjo!, con la consiguiente afrenta para su familia. Pensemos en lo que significaba en la cultura judía el *honor familiar*. De hecho, los parientes de Jesús se comportan de modo parecido a los de JEREMÍAS, que también tuvo que sufrir las descalificaciones de su propia familia. En una de sus famosas *Confesiones* aparecen estas palabras, con las que Dios alecciona al profeta: «Pues hasta tus hermanos y tu familia te traicionan, ellos mismos andan diciendo a tus espaldas: “¡Basta!” No los creas cuando te dan buenas palabras» (Jr 12,6). El mismo profeta, por su parte, se refiere así a los suyos: «Todos mis familiares espiaban mi traspié; ¡quizá se deje seducir, lo podremos y nos vengaremos de él» (Jr 20,10). Seguramente que los familiares pensaban que el profeta se había convertido en un baldón para ellos, por su oposición al rey, a la corte y a los grandes de su pueblo.

⁴⁵ Algunos piensan que pudo ser que los allegados de Jesús, y Santiago entre ellos, estaban enojados con su pariente por haber descuidado el *deber filial con su madre viuda*. Como hijo único, pensaban que tenía la obligación sagrada de *preocuparse de ella* y no pensar que podía cuidarse sola o traspasar la responsabilidad a otros. Había abandonado Nazaret y se había propuesto realizar una tarea, que en absoluto le correspondía, ya que descuidaba sus deberes familiares más perentorios. Y éstos eran prioritarios para un buen hijo de acuerdo con las costumbres de la época.

⁴⁶ Para el tema relacionado con María como la primera discípula de Jesús en Lucas, cf. L. A. MONTES PERAL, *Tras las huellas de Jesús* (Madrid 2006; BAC) 499s; 505-508.

No puede descartarse la opinión de que el desenlace trágico de Jesús produjo gran impacto en sus allegados, como lo produjo en sus discípulos, y que les moviera hacia una sincera revisión de su comportamiento anterior. Conviene resaltar que familiares muy cercanos, con una actitud positiva, aparecen en la escena de la crucifixión, según el testimonio unánime de los evangelistas (Mc 15,40s; 27,55s; Lc 23,55; 24,10; cf. Jn 19,25). No resulta fácil la valoración de este hecho, que ha sido poco destacado por la exégesis, aunque conviene no relegarlo al olvido.

Segunda parte: La Familia de los hijos y hermanos del Reino

Hasta aquí hemos hablado de la familia terrena de Jesús y hemos constatado lo que sostienen con contundencia los evangelios: que Jesús, que vivió durante su actividad pública desasido de su familia carnal, encontró la incompreensión de sus allegados y en casos aislados se enfrentó con ellos, llegando la tirantez incluso a algunos momentos dramáticos. Sólo su Madre supo mantenerse unida al Hijo de sus entrañas con inquebrantable fidelidad. Ahora vamos a referirnos a la familia nueva que Jesús trató de formar durante su corta actuación pública.

I. Durante su actividad pública Jesús intentó congrega una familia de hijos y hermanos, para presentársela al Padre como ofrenda agradable a sus ojos

Indudablemente Jesús fue un carismático israelita, arraigado en la vida y espiritualidad de su pueblo. Los comienzos del movimiento promovido por él –volvemos a repetirlo– son *intrajudíos*; sus orígenes no pueden ser entendidos, por lo tanto, sino es en la sociedad judía de su tiempo. Con todo dentro de ella ocupa un lugar muy destacado hasta el punto de que su movimiento, después de su muerte se separará paulatinamente del judaísmo y se extenderá rápidamente entre los gentiles como nueva religión.

La fuerza de Jesús está, sobre todo, en la opción decidida con que quiso cambiar las estructuras de la sociedad de su tiempo, ya que desde los inicios de su actividad pública anunció la venida del reino y porque éste tiene una importancia tan decisiva para la humanidad, intentó formar una familia de hijos y hermanos, que constituyese una alternativa al status quo existente en

la Palestina de su época⁴⁷. Su movimiento no es político, ni siquiera social; tiene una dimensión marcadamente religiosa.

Enseguida empezó a formar un pequeño núcleo de comunidad, que es el origen germinal de la nueva familia del Reino y, por ende, del cristianismo posterior. En la praxis de Jesús existe un empeño permanente por transformar a las personas y cambiar las estructuras (atiéndase sobre todo al “y”), que conviene resaltar en su justa medida por lo que tiene de principio rector para el comportamiento de sus seguidores. Pero lo hace con un movimiento, reunido en torno a su persona, que supone una alternativa a otros movimientos de su tiempo⁴⁸.

Para entender históricamente esa doble decisión de Jesús resulta inevitable, en un primer momento, tener en cuenta la imagen, que Jesús dio de sí mismo en la vida de su pueblo y el puesto que ocupó entre los suyos. Coincidió con C. H. Dodd, cuando sostiene que, en primer lugar, halló su sitio en la sociedad judía «como maestro de religión y de moral [...]. Así también fue como se ganó “discípulos”»⁴⁹. Como maestro, sí, pero también como el profeta escatológico, que llama y actúa en nombre de Dios ante el pueblo como nadie lo había hecho antes. En la humildad de su persona se esconde, por paradójico que parezca, la autoridad misma de Dios, que se refleja en sus acciones maravillosas y en sus palabras, cargadas de novedad⁵⁰. Así fue como su llamada y acción proféticas empezaron a surtir el efecto apetecido entre algunos de sus compatriotas, que se fueron incorporando a su movimiento.

En esa llamada y acción indudablemente están los gérmenes fecundos del cristianismo, como familia de hijos y hermanos del Reino. Aquél no hubiera jamás aparecido en la historia universal si Jesús, el más grande de los hombres, no hubiera reunido en torno suyo a algunos de sus contemporáneos y urgido a que se decidieran a seguir sus pasos, a caminar detrás de él con todas las consecuencias, a acompañarle con lealtad y a proseguir lo ini-

⁴⁷ Con todo no situamos bien a Jesús en la sociedad de su tiempo, si lo consideramos como un *reformador social*, como intentan hacerlo algunos exégetas anglosajones.

⁴⁸ Cf. L. A. MONTES PERAL, *Tras las huellas de Jesús*, 101-148.

⁴⁹ C. H. DODD, *El fundador del cristianismo* (Barcelona 1974) 69.

⁵⁰ En este hecho encontramos el sentido profundo de lo que Marcos resalta con tanta insistencia: «*Todos quedaron asombrados y se preguntaban unos a otros: “¿Qué es esto? ¿Una doctrina nueva llena de autoridad! ¿Manda incluso a los espíritus inmundos y éstos le obedecen!”*». Pronto se extendió su fama por todas las partes, en toda la región de Galilea» (Mc 1,27s). «*El parálítico se puso en pie, cargó enseguida con la camilla y salió a la vista de todos, de modo que todos quedaron maravillados y glorificaban a Dios diciendo: Jamás hemos visto cosa igual*» (Mc 2,12). «*En el colmo de su admiración decían: “Todo lo ha hecho bien. También hace oír a los sordos y hablar a los mudos”*» (7,37; cf. 3,7-12; 5,20.42).

ciado por él en el momento oportuno. Lo que luego se hizo masivo, y en cierto modo desvirtuó su originalidad primera, al ser en cierta medida trivializado el carisma original, tiene su punto de arranque en el hecho incontestable de la familia primera que congrega a su alrededor.

1. La familia de Jesús encuentra su fundamento en el Padre del Reino

Pero al llegar a este punto conviene hacer una constatación de una importancia excepcional: sólo se puede comprender la esencia de la familia nueva que Jesús pretende configurar a su vera, cuando se parte de la *idea nueva de Dios* y consecuentemente de la *idea nueva del hombre y del mundo*, que introduce Jesús en la sociedad judía de su tiempo. Si por algo descuella Jesús en la historia de la humanidad es por el sorprendente concepto de Dios, que testimonia en la Palestina de los años veinte de nuestra era. Ahondando en la espiritualidad de su pueblo e incluso trascendiéndola, Jesús proclama desde los inicios de su actuación pública una buena noticia, que aunque ya había sido expuesta por otros, en Él adquiere una inusitada novedad: *¡Dios es Rey!*

El imperio no le corresponde a Tiberio, el cruel emperador romano de la época, la soberanía no es propia del títere Herodes Antipas, el tetrarca de la Galilea de entonces⁵¹; el imperio y la soberanía son de Dios, que tiene a bien poner su omnipotencia al servicio del hombre. Él es el verdadero Señor del universo y el único que puede implantar un reinado liberador entre los hombres. Su imperio no engendra violencia, ni busca el poder a toda costa, sino que se alza, como lo que él es en realidad, como *amor compasivo y misericordioso*⁵².

Todo el peso de su dignidad real le lleva a comportarse como Padre: *¡Dios es el Rey Padre!* El hombre no necesita buscarlo a tientas, porque Él se adelanta a salir a su encuentro y a revelarse en su propia vida de cada día, ya que *«el reino de Dios ha llegado a vosotros»* (Q 11,20 = Mt 12,28/ Lc 11,20)⁵³. Se manifiesta a los hombres como Padre y Madre a la vez, com-

⁵¹ En cierto momento de su actividad Jesús llegó a llamar a Herodes, de forma muy descriptiva, «ese zorro» (Lc 13,32).

⁵² Este hecho crucial se está poniendo de relieve con fuerza en las últimas averiguaciones en torno al Jesús histórico y constituye sin duda un elemento vital en la renovación del cristianismo actual. Cf. L. A. MONTES PERAL, «Zurück zum Vater Jesu Christi. Auf der Suche nach einem neuen Paradigma», en T. SCHMELLER (ed.), *Neutestamentliche Exegese im 21. Jahrhundert. Grenzüberschreitungen. Für J. Gnllka* (Friburgo - Basilea - Viena 2008) 355-380.

⁵³ Cf. F. BOVON, *El Evangelio según San Lucas (Lc 9,51-14,35) II* (BEB 86; Salamanca 2002) 219-222; E. GRÄSSER, «Zum Verständnis der Gottesherrschaft: ZNW 65 (1974) 3-26.

placiéndose y condescendiendo con ellos hasta límites insospechados. El Dios del Reino por encima de cualquier otra consideración es infinitamente clemente, que se preocupa de los últimos y defiende los derechos de los marginados. Con un inmenso cariño lleva a todos en sus entrañas, como la madre preñada que cuida del hijo en su vientre. No excluye a nadie de su bondad y si por alguien siente predilección es por los pobres, enfermos y pecadores, confiriendo futuro a los excluidos de la sociedad.

Nada hay que defina mejor al Soberano y Padre del Reino que infundir, sin exclusión alguna, vida a los humanos de toda condición ¡y cuanto más vida más mejor! Porque en esto se juega su gloria: en conferir esperanza, dignidad y vitalidad a las personas, sobre todo a las necesitadas. Pero nunca obra solo, siempre lo hace solicitando la colaboración de quienes son sus testigos. Y no ha habido mayor testigo del amor del Dios vivo y verdadero en este mundo que Jesús de Nazaret, que pasó por la vida haciendo el bien a manos llenas y mostrando el amor infinito de su *Abba*, con el que estaba unido entrañablemente.

Pero el Jesús del Reino no habla de Dios con palabras abstractas, tampoco con sermones moralistas y mucho menos con tratados teológicos, sino de una manera concreta, intuitiva y sencilla, comprensible tanto a la gente humilde como a los sabios. En su predicación encontramos «como una combinación única de poesía en parábolas, sabiduría en sentencias y profecía en promesas y amenazas»⁵⁴, que le acreditan como un *poeta*, un *pedagogo* y un *místico* sin igual, implantado en el humus fecundo de la tradición bíblica. Anuncia el gozoso acontecimiento de la llegada de Dios como buena noticia de salvación en la vida de las personas con palabras, hechos y signos, que tendremos ocasión de mostrar más adelante por la trascendencia que tienen.

Porque vive una experiencia nueva de Dios y quiere hacer partícipe de ella a su pueblo, llama a Dios *Abba*, *Padre* y tiene a los hombres como *hermanos* con una radicalidad, que pone de relieve la importancia del *tiempo nuevo* que irrumpe con su anuncio de la llegada del reino. Jesús es plenamente consciente de que está «inaugurando un cambio radical en la historia, por el que quedaba transformada de manera fundamental la relación entre Dios, el mundo y los seres humanos»⁵⁵. Nada puede ayudar más a los hombres para hacerles más humanos y para regenerar sus relaciones sociales que experimentar en su vida la acción del Padre del Reino, que se acerca como gracia infinita.

⁵⁴ G. THEISSEN, *El Nuevo Testamento. Historia, literatura, religión* (Santander 2002) 47.

⁵⁵ *Ibidem*, 59.

En este sentido los discípulos van a compartir su propia experiencia religiosa, y les va a encargar el representar su causa, y llegado el momento, el continuar su obra salvadora en la historia. En el Hijo sus seguidores se convierten en una comunidad reunida, en una familia de hijos y hermanos. Hacer memoria de todo este apasionante proceso en su primera hora constituye una forma fundamental de rememorar los orígenes del cristianismo en su intención primigenia y ahondar en la más honda y radical intención de Jesús que no es otra que hacer de los hombres una singular *reunión familiar* en la que Dios se comporta como un Padre de verdad y los hombres viven como auténticos hermanos en una fraternidad íntima de hijos e hijas que imitan al Padre en sus mutuas relaciones.

2. En su predicación usa mucho las imágenes tomadas del mundo familiar para expresar conceptos fundamentales del Reinado de Dios

De acuerdo con lo expuesto en el punto anterior, conviene constatar que la imagen de «Padre», tan central en la predicación de Jesús sobre el Reino y en su experiencia religiosa, está extraída del ámbito de la familia. «Al representar su más íntima comprensión de Dios a través del símbolo *padre* recurrió no sólo a la tradición religiosa, sino a su propia experiencia familiar, tal como había sido vivida en una aldea galilea»⁵⁶.

En este sentido, por una parte, su propia forma de *entenderse hijo de María y José* constituyó sin duda un elemento decisivo en su autocomprensión humana como Hijo del Padre de los cielos. Por otra parte, el testimonio religioso de María y José le tuvieron que ayudar bien significativamente para el aprendizaje de la oración y la práctica del amor a Dios y al prójimo. Aunque en su actividad pública, como ya hemos visto, se comportó con entera libertad en relación con sus allegados más próximos y hasta podemos afirmar que estuvo desasido de ellos, durante su larga estancia en Nazaret hemos de suponer que estuvo muy compenetrado con su familia en la convivencia diaria. El intenso trato cotidiano cinceló indudablemente su experiencia de Dios. De tal madre y de tal padre, tal hijo, que nos testimonió y enseñó una forma nueva de ser hijos en el Hijo.

No podemos detenernos a explicitar –nos contentamos con una simple mención– las parábolas que tienen como contenido los temas familiares y que nos proporcionan una idea bastante exacta de cómo Jesús concebía su

⁵⁶ L. A. MONTES PERAL, «La experiencia religiosa de Jesús hoy I»: *Otero* 5 (2003) 14.

movimiento como la familia de Dios. Algunas de tanta trascendencia como la de *la misericordia del Padre* (Lc 15,11-32)⁵⁷, *los viñadores homicidas* (Mc 12,1-9; Mt 21,33-41; Lc 20,9-16)⁵⁸, *las bodas* (Q 14,16-18.¿19-20? 21.23 = Mt 22,1-14/ Lc 14,16-24)⁵⁹ *los dos hijos* (Mt 21,28-31)⁶⁰.

3. La pertenencia a la familia de los hijos y hermanos del Reino depende de la recepción del bautismo y del cumplimiento de la voluntad divina

Los evangelios –tanto Juan como los Sinópticos– nos suministran las claves precisas, suministradas por el mismo Jesús para entrar a formar parte de la familia congregada en torno a su persona. Se necesita de un nuevo nacimiento, que se verifica a través del agua y del Espíritu: «*Yo te aseguro –dice Jesús a Nicodemo por dos veces con toda solemnidad– que el que no nazca de nuevo no puede ver el reino de Dios [...]. Nadie puede entrar en el reino de Dios, si no nace del agua y del Espíritu*» (Jn 3,3.5)⁶¹.

Las palabras de Jesús transparentan una realidad nueva sorprendente, que va más allá de las posibilidades humanas. Resulta imposible entrar en la familia de Dios sin el agua del bautismo y la fuerza transformadora del Espíritu. Es el Espíritu el que obra en el signo del agua y hace fructificar el acontecimiento bautismal. Es Él quien produce el nuevo nacimiento, hasta el punto de convertir al bautizado en verdadero hijo del Padre por la acción salvadora y el mandato del Hijo. La vida divina, que capacita para pertenecer a la familia de Dios, se transmite así a través del «nacimiento del Espíritu», que el hombre sólo puede conseguir mediante la aceptación de la gracia que se le ofrece como amor desbordante y gratuito. El Espíritu de Dios produce la transformación del corazón, que posibilita el cumplimiento

⁵⁷ Cf. F. CONTRERAS MOLINA, *Un Padre tenía dos hijos* (Estella 2001; Verbo Divino).

⁵⁸ Cf. J. A. T. ROBINSON, «The Parable of the Wicked Husbandmen. A Text of Sinoptic Relationship: NTS 21 (1974/75) 443-461; H. J. KLAUCK, «Das Gleichnis von Mord im Weinberg (Mk 12,1-12; Mt 21,33-46; Lk 20,9-19)»: *BuL* 11 (1970) 118-145.

⁵⁹ U. LUZ, *El Evangelio según San Mateo. Mt 18-25* III (BEB 111; Salamanca 2003; Sí-gueme) 304-330; F. BOVON, *El Evangelio según San Lucas* II, 603-633.

⁶⁰ Cf. J. D. M. DERRET, «The Parable of the Two Sons»: *StTh* 25 (1971) 109-116; U. LUZ, *El Evangelio según San Mateo. Mt 18-25* III, 275. 280s.

⁶¹ No podemos saber con certeza hasta qué punto estas palabras proceden del Jesús terreno o son palabras del Cristo glorioso, que desde su resurrección preside y dirige su comunidad (cf. Mt 28,16-20). Sea como sea, el bautismo procede del Jesús vivo como signo de recreación salvífica y rito de la iniciación cristiana.

adecuado de la voluntad de Dios, como ya habían presentido los grandes profetas (Jr 31,33; Ez 11,19; Is 44,3).

Y es que es precisamente ese cumplimiento de la voluntad divina el verdadero acto generativo del hijo de Dios y hermano del Reino. Jesús señala como su verdadera familia no a la biológica, sino la que se origina en ese acto generativo de hacer la voluntad de Dios: «*Estos son mi madre y mis hermanos. El que cumple la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre*» (Mc 3,35; Mt 12,49s; Lc 8,21)⁶². La verdadera familia, que Jesús empieza a constituir en torno suyo, se asienta en el cumplimiento de la voluntad del Padre. El cumplimiento de la voluntad de Dios, también muy presente entre los judíos piadosos, adquiere tal densidad religiosa en el movimiento de Jesús, que se alza como el elemento básico para constituirse en miembro integrante de la nueva familia. Se comporta bien en ella, actúa como hijo quien a la postre cumple la voluntad del Padre (Mt 21,31).

Jesús intenta la renovación de la familia, tan deseada entonces como hoy, y tal renovación sólo resulta posible, cuando se establece la adhesión a Cristo, portador de la Palabra de Dios y descubridor de la voluntad del Padre. Sólo quien afinca su fe en Jesús, el Mesías e Hijo de Dios, podrá extender los lazos familiares hacia los seres humanos, entre ellos los relacionados con los componentes de la familia biológica.

Quien acoge el don de Dios, manifestado en Cristo, y acepta entrar a formar parte de su familia, sabe muy bien que se sitúa de lleno en un acontecimiento escatológico, cargado de salvación. Se le ofrece esa salvación de forma definitiva y para siempre, al entrar a participar de los bienes domésticos. Si así lo desea, su vida está de tal manera vinculada a Dios que resulta imposible dar marcha atrás, porque los dones divinos son irreversibles. La familia de Jesús tiene un norte, que guía sus pasos y la constituye en comunidad de vida y acción: hacer la voluntad del Padre de los cielos.

De acuerdo con las consideraciones anteriores conviene concluir que la pertenencia a la familia de Dios depende de la elección de Dios, en la que las personas pueden colaborar de manera agradecida. Se trata, por lo tanto, de una iniciativa divina, completada por la disponibilidad y la perseverancia humanas en la escucha de la Palabra de Jesús y el cumplimiento de la voluntad del Padre. La relación humana tan fuerte y consistente como es la que se origina mediante la biología entre la madre y el hijo, entre los hermanos carnales, es cuestionada por el Evangelio. En este sentido, esa rela-

⁶² Ha sido Marcos quien nos ha suministrado los datos más llamativos y fidedignos sobre este particular. Mateo el que más los relaciona con el discipulado. Lucas quien los ha relacionado más con su Madre (cf. Lc 11,27s).

ción pierde consistencia sin la decidida disposición a cumplir la voluntad divina.

4. Las mujeres tienen la misma dignidad que el hombre en la familia nueva del Reino

Con su proyecto de la familia de los hijos y hermanos del Reino Jesús rompe con una serie de condicionamientos de la sociedad judía de su tiempo, que en su momento no dejaron de causar escándalo entre sus contemporáneos. En la nueva situación lo que importan son las *personas*, que se alzan con su dignidad insuperable muy por encima de los preceptos de la Ley⁶³. Y así se atreve a hacer críticas a no pocas *prescripciones legales* e incluso corrige algunos de sus planteamientos por antihumanistas (Mc 7,9-13)⁶⁴. Rompe con la separación racista entre judíos y paganos, corrige el sexismo inherente a la inferioridad de la mujer en relación con el hombre y supera el clasismo existente en su tiempo entre buenos y malos.

Lo que tiene más hondas repercusiones en la familia nueva está en la superación de la marginación de la mujer sobre todo en todo lo relacionado con la ley del divorcio. En esa familia se resitúa la realidad absoluta de Dios, caen las discriminaciones de todo tipo, se abre el acceso al Padre a todos sus miembros, dotados de características personales, que participan de una igualdad fundamental.

El Padre de Jesús restituye su dignidad a las mujeres en la vida matrimonial. Bajo esta luz hay que entender la prohibición terminante de Jesús relativa a que los varones puedan recurrir al divorcio (Mc 10,1-12; Mt 19,1-12)⁶⁵. En tiempos de Jesús los judíos admitían con toda la naturalidad el divorcio, tal como lo habían venido haciendo a lo largo de su historia. La Ley de Moisés reconocía tal derecho al varón, cuando encontraba «*algo indecente*» en su mujer (cf. Dt 24,1-2). Esta posición de preponderancia por parte del hombre volvía a quedar en evidencia al ser el marido quien escribía el libelo del repudio y expresaba la fórmula con la que quedaba consu-

⁶³ La diferencia aquí entre Jesús y los fariseos no puede ser más significativa.

⁶⁴ «La mentalidad censurada por Jesús aparece claramente en toda su desviación si se tiene en cuenta que se dio una justificación teológica a estas formas de comportamiento. El juramento era culto divino. Y el culto estaba por encima del servicio a los hombres. Para Jesús, por el contrario, culto y servicio al hombre son indisolubles, inseparables. El mandamiento de Dios no fue dado por sí mismo y no puede tomarse literalmente, sino que debe ser interpretado con la mirada puesta en la bondad y en el amor» (J. GNILKA, *El Evangelio según San Marcos. Mc 1-8,26 I* (BEB 55; Salamanca 1986; Sígueme) 330).

⁶⁵ Cf. J. GNILKA, *El Evangelio según San Marcos II*, 79-91; U. LUZ, *El Evangelio según San Mateo. Mt 18-25 III*, 124-155.

mada la separación. Excepcionalmente, mujeres emancipadas, como Herodías y su hija Salomé (cf. Mc 6,17.22) se atrevían a tomar la iniciativa⁶⁶. Aunque algunos rabinos teóricamente restringían el empleo del divorcio a la comisión de adulterio⁶⁷, en la práctica se podía despedir a la mujer por cualquier nimiedad⁶⁸.

En la respuesta definitiva que Jesús da a los fariseos en su disputa con ellos, recurre a dos argumentos de peso, uno *antropológico* y otro *teológico*, que avalan su enseñanza sobre la indisolubilidad del matrimonio. La *primera razón* justifica en parte la ley sobre el repudio, para luego superarla. Si Moisés permitió el divorcio fue debido a la dureza del corazón del pueblo judío (Mc 10,5). Esta σκληροκαρδία, que descubre la falta de finura de corazón para captar la profundidad existencial de los designios divinos y, a su vez, apunta a la obcecación interior, que impide poner en práctica de forma obediente los preceptos más santos, constituye una realidad negativa que los profetas con frecuencia ya habían achacado a Israel (Is 1,2-26; 6,9-13; Jr 4,4; Ez 5,4-17). Con su sentencia soberana Jesús continúa así la crítica profética a una disposición parcial e incluso contraproducente en algunos de sus aspectos y sublima la verdadera realidad de la Ley, como expresión de la voluntad divina.

La *segunda razón* fundamenta la tajante negativa de Jesús a dar por buena la separación matrimonial, recurriendo al libro del Génesis (1,27; 2,24) y rebatiendo, de este modo, un precepto legal secundario. Y es que lo establecido en el Génesis se adecua perfectamente a los designios divinos, establecidos «*al principio de la creación*», mientras que el repudio se trata de un añadido, que no puede integrarse en el proyecto original salvador del Creador sino parte de las egoístas conveniencias humanas. Con su planteamiento Jesús no trata de establecer un nuevo precepto, sino denunciar una ley injusta. Lo que en realidad le importa es promover la relación paritaria entre personas iguales, superando toda discriminación de una de las partes.

«La reciprocidad total de las relaciones entre el hombre y la mujer, basada en la igualdad de su condición personal y ante Dios, es una nove-

⁶⁶ Flavio Josefo nos informa, que Herodías, esposa de Filipo y después de su hermanastro Herodes Antipas, escribió a su marido un libelo de repudio «lo que era contrario a la Ley de los judíos» (*Ant. Jud.* XV, 259s). Aunque algunos rabinos teóricamente restringían el empleo del divorcio a la comisión de adulterio, en la práctica se podía despedir a la mujer por cualquier nimiedad.

⁶⁷ Así lo mantenía el rabino Schammai, que vivió a finales del siglo II a. C.

⁶⁸ Ésta era la posición de Hillel, otro rabino del mismo tiempo. Para éste, más liberal que Schammai en la interpretación de la Ley, era razón suficiente para dar el libelo de repudio, el que la esposa dejara quemar un plato de lentejas o le gustara otra más.

dad que Jesús introduce y que estaba llamada a tener hondas repercusiones históricas»⁶⁹.

La teología y antropología, que se trasluce en la sentencia de Jesús, garantiza una igual dignidad entre el hombre y la mujer. En la unión matrimonial ambos forman «*una sola carne*», que ninguna autoridad humana puede separar, por haber sido así establecido por Dios en su intención original. La conclusión sin paliativos «*lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre*» se deduce perfectamente de las razones aportadas por Jesús.

La enseñanza privada que Jesús proporciona a sus discípulos «*en casa*» (Mc 10,10-12), supone una corroboración sin paliativos de lo alegado públicamente ante los fariseos. En ella se deja traslucir las intenciones del evangelista en relación con su comunidad y, en nuestro caso, con los lectores y oyentes de su Evangelio. Marcos quiere dejar clara una doctrina, que reviste capital importancia para el ejercicio del discipulado en particular y para el logro de la familia cristiana en general.

De esta manera apuntala el valor absoluto de las palabras de Jesús en torno a la indisolubilidad del matrimonio y muestra el rechazo más categórico a cualquier clase de separación matrimonial, que capacite para la recepción de un matrimonio nuevo. El convivir con otro cónyuge, después de haber repudiado al primero, es equiparado por Jesús con el *adulterio* y así ha de ser acogido por el verdadero seguidor, que se atiene a la gracia que le suministra su Señor. El creyente sabe muy bien que su matrimonio puede naufragar, pero sabe muy bien, que lo que parece imposible a los hombres, resulta realizable con la ayuda de la gracia divina (Mc 10,27). En ella se apoya para realizar su camino existencial tanto en el terreno personal como en el ámbito familiar.

5. Los niños ocupan un papel central en la familia nueva del Reino

La narración de Mc 10,13-16 (cf. Mt 19,13-15; Lc 18,15-17)⁷⁰ pone de manifiesto la falta de finura de los discípulos para penetrar en la dignidad de los pequeños y, al mismo tiempo, subraya la necesidad de adoptar la actitud de los niños para entrar en el Reino de Dios. La sociedad judía negaba a los niños la posibilidad de adquirir méritos por el cumplimiento de

⁶⁹ (R. AGUIRRE, «La mujer en el cristianismo primitivo», 521.

⁷⁰ Cf. J. GNILKA, *El Evangelio según San Marcos* II, 91-95; U. LUZ, *El Evangelio según San Mateo. Mt 18-25* III, 156-162; F. BOVON, *El Evangelio según San Lucas* III (BEB 87; Salamanca 2004) 270-282.

la Ley, ya que, en su insignificancia tanto física como psíquica, eran considerados incapaces de asumir de forma adecuada su consciencia y libertad, para adquirir valía ante Dios por las obras buenas realizadas. En realidad no se les consideraba como sujetos dotados de responsabilidad. Jesús, en cambio, los bendice y les asigna un puesto privilegiado en el Reino (Mc 10,16; Mt 19,15).

Al proclamar que el Reino de Dios pertenece al que se hace como un niño, el Maestro está dejando entrever que aquél no es algo que se pueda ganar mediante actuaciones buenas y piadosas –con esto no quiere decirse en modo alguno que la acción humana sea rechazada y que la bondad no tenga más valor que la maldad–, sino que es *gracia, don gratuito*, que Dios concede *inmerecidamente* al hombre. El discípulo está llamado a tener la misma disposición natural del niño, que admite con total confianza lo que su Padre le asigna, no conociendo reserva alguna ante él, porque experimenta intuitivamente que es un Padre bueno. Quien entra a pertenecer a la familia del Reino «tiene que estar libre de pretensiones egoístas; tiene que ser ante Dios como un niño»⁷¹.

El creyente receptor del Reino se somete a la soberanía divina con la postura del que contempla en Dios al Padre amoroso, que con su presencia bienhechora le está transmitiendo amparo y seguridad, acogida y confianza, fortaleza y felicidad. Constituye una tarea básica de la familia de Jesús reconocer la dignidad de los pequeños y apoyar sin reticencias la enseñanza de Jesús, invitando a los niños a la participación de los bienes familiares, guardándose mucho de poner trabas a su actuación y de impedir sus esfuerzos bien intencionados (Mc 10,14; Mt 19,14; Lc 18,16).

II. La familia biológica está llamada a integrarse en la familia de los hijos del Reino

Podemos comprender esta integración de la mano de María, la Madre de Jesús, tal como es presentada en el Cuarto Evangelio. Conviene señalar que existe una *conexión estrecha* entre el relato de las bodas de Caná (Jn 2,1-12) y la escena relativa a María al pie de la Cruz en compañía del Discípulo Amado: (Jn 19,25-27)⁷². La respuesta de Jesús en Jn 2,4: «*Mujer, deja de intervenir en mi vida; mi hora aún no ha llegado*» supone una *intencio-*

⁷¹ J. GNILKA, *El Evangelio según San Marcos II*, 94.

⁷² Para la interpretación detallada de ambos pasajes, cf. L. A. MONTES PERAL, *En la entrada de la mariología*, 327-358.

nada preparación al relato de la Muerte, cuando María recibe del Crucificado su testamento espiritual «*Mujer, he ahí a tu hijo*».

1. La distinción de las misiones de Jesús y de María

Con la respuesta de Jn 2,4 Jesús *se disocia de María, su Madre*. «La frase –afirma un reconocido mariólogo– significa una negación de comunidad (un no tener parte el uno con el otro) en este asunto y otros que le sean semejantes» durante su actuación pública. Con ello «se anuncia una independencia de Jesús en su ministerio [...] con respecto a sus relaciones familiares, incluida la relación con su Madre»⁷³. Disociarse de su Madre tiene que ver para Jesús con los designios de su Padre eterno y con el cumplimiento de su voluntad, como hemos resaltado anteriormente. De este modo, *distingue* las demandas de su Madre terrena de la voluntad de Dios, que en realidad constituye el norte de su vida y la luz permanente que guía su actuación ética.

La «hora» de Jesús en el Cuarto Evangelio se refiere a los momentos culminantes de la Pasión y Muerte, momentos trascendentes y sublimes en los que Jesús, el Hijo del Hombre y el Hijo del Dios vivo, se manifiesta en su plenitud existencial y es glorificado por su Padre. La «hora» no se entiende en este pasaje como la manifestación de la gloria de Jesús en el signo de Caná, sino como la propiciada por su glorificación, incoada precisamente en la Muerte y culminada en la Resurrección.

La «hora» de la que se habla aquí empalma totalmente con este significado. Aplicada a Jesús en este momento concreto y en cuanto se disocia de su Madre, significa la constatación de Jesús de que llegado el momento de su Pasión y de su Resurrección, en definitiva de su Exaltación, *le tocará a la Madre cumplir su papel y asumir con todas las consecuencias el puesto que le corresponde en ese trascendental acontecimiento*. Su fidelidad a Dios y a Jesús deparan a María un puesto excepcional en la *familia Dei*.

Entonces es cuando aparecerá, asociada ya en la misión de su Hijo, como la *Madre de la familia*, que Jesús ha formado en torno a su persona y que tiene al Creador de los cielos y de la tierra como Padre. Lo que en este momento Jesús rehusa a su Madre: la intercesión que quiere inducirlo a ac-

⁷³ C. POZO, *María en la obra de la salvación* (Historia Salutis II, 2; Madrid 1974; BAC 360) 236.

tuar, lo anuncia como una realidad conseguida para el tiempo de la Muerte, cuando haya llegado su glorificación⁷⁴.

Interpretando el inciso de Jn 2,4, en parte o en todo, como adición joánica a la narración pre-evangélica del milagro en cuestión, el evangelista con toda la intención habría insertado en el tema señalado la idea de la primacía de Dios sobre la familia natural de carne y hueso, haciendo que la narración armonice con el tema general del Evangelio. Pero al mismo tiempo quiere constatar *el lugar privilegiado que juega María en la familia escatológica de los hijos del Padre*. Aunque ese lugar sólo se manifestará plenamente en el acontecimiento de la Cruz, preludio de su Muerte y Resurrección. Es entonces cuando la familia terrena de Jesús se integrará de lleno en la familia de Dios. Y en ella la María Dolorosa empezará a ocupar el puesto de Madre.

2. De Caná a la Cruz⁷⁵

De esta manera, la presencia de María en las bodas de Caná se continúa y alarga al pie de la Cruz. *En Caná* María representa el comportamiento creyente de aquellos, que esperan la salvación de Jesús y confían en la fuerza de su poder liberador. Aparece como la Madre, que suplica los dones de su Hijo taumaturgo para una pareja de recién casados, que se encuentran en una momento de apuro. Se muestra como la Mujer creyente, en papel de intercesora, que con una solicitud plenamente humana, está atenta a los problemas de los hombres y sabe que aquéllos encuentran solución a sus necesidades en la manifestación y actuación del nacido de sus entrañas.

Ocupa aquí, por lo tanto, el papel de primera discípula y Madre de Jesús, que cree en la fuerza transformadora de su Hijo y conoce la intimidad, que le une con Él. Al mismo tiempo se muestra como mujer solícita y

⁷⁴ En contra de R. SCHNACKENBURG, «El comienzo de los “signos”: las bodas de Caná», en ID, *El Evangelio según San Juan. I Versión y comentario*, o. c., 372. Pienso que así debe interpretarse la intencionalidad del evangelista, que quiere corregir el modelo existente en la tradición y conferir a María una dignidad, que podía ser malentendida en la narración pre-evangélica, presentándola exclusivamente como la Madre gloriosa que recibe sin rechistar todo de su Hijo.

⁷⁵ Para el estudio exegético de ambos pasajes cf. R. SCHNACKENBURG, *El Evangelio según San Juan. I Versión y comentario*, 365-380; ID, *El Evangelio según San Juan III Versión, comentario e índices* (Barcelona 1980; Herder) 338-347; J. BLANK, *El Evangelio según San Juan 1A* (Barcelona 1984; Herder) 190-215; ID, *El Evangelio según San Juan 3* (Barcelona 1980; Herder) 119-126; C. K. BARRET, *El Evangelio según San Juan* (Madrid 2003; Cristiandad) 282-291. 839-842.

compasiva que, atenta a las necesidades ajenas, adopta el papel de abogada capaz, que cumple eficazmente su papel moderador de intercesión. En Caná Jesús hizo realidad la petición de su Madre, transformando el agua en vino, aunque también expuso un reparo ante ella. Este signo apunta indudablemente hacia el futuro.

En aquel momento Jesús contrapuso su misión propia a la de su Madre hasta la llegada de «su hora». Él debía cumplir su misión específica, lo mismo que su Madre la suya. Y ambas misiones iban a realizarse por separado, en paralelo la una de la otra, hasta que llegara *la hora* de la Muerte. Es entonces, en esos momentos trágicos de intenso dolor, del que dependía la regeneración de la humanidad, cuando ambas misiones llegan a juntarse, y así la Madre de Jesús pasa a convertirse, con el beneplácito y auxilio divinos, en Madre de los creyentes.

Es en ese futuro, hecho presente *en la Cruz*, cuando la función creyente y maternal de María llega a su plenitud. La Madre de Jesús ya no es tan sólo abogada e intercesora, es también, Madre de los creyentes, es decir, de aquellos que ven a Jesús con los mismos ojos con que ella lo contempla y ponen en el Señor una esperanza similar a la que ella depara para su persona. María, introducida de lleno en la comunidad de los discípulos de Jesús, ocupa en ella una función de maternidad espiritual, originada por la fe en su Hijo y mantenida siempre sin desmayo hasta los momentos más difíciles y trágicos. Esta función maternal se origina y plenifica en la Cruz, al recibir de labios de Jesús moribundo el precioso testamento ya explicado.

3. La fecundidad de la presencia de María ante la Cruz

La Madre de Jesús, con su actitud de aceptación de la voluntad divina, representa a aquella parte de Israel que recibe la salvación mesiánica, producida por el derramamiento de la sangre expiatoria de Jesús. Desde entonces es Madre de todos los que aceptan por la fe a Cristo como la salvación definitiva que viene de lo alto. María, que había dado a Dios un sí maternal en la aceptación de su Hijo, según nos informa Lucas, *prolonga* ahora *ese sí fecundo en la Cruz*, asumiendo en el dolor la maternidad espiritual del Discípulo Amado y en él la de la totalidad de los creyentes. La unión íntima de Jesús con su Madre es, también, la unión íntima de cualquier discípulo con María. El creyente es invitado así a recordar que su vida espiritual se origina en el mismo seno acogedor y santo, en que tuvo sus inicios la vida física de Jesús, el enviado del Padre.

En María ante la Cruz de Jesús se realiza el *paso* trascendente de la familia física a la familia escatológica. La Madre de Jesús por la generación se convierte en madre de los creyentes por la *fe* y la *gracia*. La familia natural de la carne y de la sangre queda sustituida por al familia espiritual de los adoradores en espíritu y verdad y de los cumplidores de la voluntad del Padre. En la Cruz de Jesús se hace realidad la salvación y esa salvación, que procede del Jesús escarnecido, crea la función maternal de María, originada en el dolor y sufrimiento.

Juan recurre a una anécdota, localizada en la vida del Discípulo Amado y fijada para siempre en su memoria agradecida, que testifica su permanencia ante la Cruz con la Madre de Jesús, para transmitir un mensaje de *gran trascendencia* para los creyentes de todas las generaciones. No cabe la menor duda de que en la comunidad del evangelista María ocupaba un papel altísimo, debido a que era la Madre de Jesús y a la relación íntima maternal que la unía, también, con el Discípulo Amado, iniciador e impulsor decisivo de la comunidad. Tiene toda la razón Orígenes, cuando sostiene que «nadie puede comprender el Evangelio de San Juan si no ha reclinado su cabeza sobre el pecho de Jesús y no ha recibido de Él a María como Madre»⁷⁶. Y esto lo sabía muy bien aquella comunidad por propia experiencia. Y esta puede ser hoy nuestra propia experiencia, entrelazando la familia natural como la familia de Dios.

4. Los familiares de Jesús después de la Resurrección: su integración en la familia de Dios

La única vez que Lucas menciona la presencia María y los hermanos de Jesús en la Iglesia naciente está llena de intención, ya que «la principal testigo de los primeros años de Jesús se convierte también en un miembro privilegiado de la incipiente comunidad de Jerusalén»⁷⁷, remarcando así la *continuidad* con lo expresado en la primera parte de su obra, como vamos a poder comprobar:

«Entonces regresaron a Jerusalén desde el monte llamado de los olivos, que dista tan sólo de Jerusalén lo que se permite caminar en sábado. Ya en casa, subieron al piso superior donde se alojaban; eran Pedro y Juan, Santiago y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Santiago el de Alfeo,

⁷⁶ Comentario al Evangelio de San Juan 1, 6.

⁷⁷ Cf. J. ROLOFF, *Hechos de los Apóstoles* (Madrid 1988; Cristiandad) 27.

Simón el zelota y Judas de Santiago. Todos perseveraban unánimes en la oración, con algunas mujeres, con María, la Madre de Jesús y con los hermanos de éste» (Hch 1,12-14).

La despedida de Jesús (Hch 1,3-8) y la Ascensión (Hch 1,9-11) acaban de tener lugar. Estamos en vísperas de la venida del Espíritu Santo (Hch 2) y contemplamos a los más cercanos al Resucitado, entre los que se encuentra María, esperando en oración el Espíritu prometido por su Hijo (Hch 1,8). Los orantes se encuentran en el «*piso superior*», «símbolo del recogimiento que lleva hacia lo alto»⁷⁸. Son conscientes, que el Espíritu es quien lleva la iniciativa y que la mejor manera de acogerlo de forma debida consiste en reunirse en oración personal y comunitaria.

María, que tiene una inigualable experiencia del Espíritu, patrocina la disponibilidad espiritual de los reunidos, con el ejemplo de una vida entregada por entero a Dios y a la causa del Reino. Como fiel discípula, permanece constante en el compromiso contraído de cumplir los designios de Dios. El «*fiat*» de la Anunciación adquiere en este instante su máxima expresión por la permanencia de la fe. Su actitud de generosidad, fidelidad y obediencia a Dios no ha cambiado. Se mantiene firme en su postura de secundar la obra de su Hijo, de favorecer cuanto Él ordenó para los tiempos de su ausencia.

El que María sea nombrada *aparte*, y se exprese su condición maternal, no deja de tener su significación. El evangelista vuelve a reconocer aquí, como lo hizo en el Evangelio, «la especial posición de la Madre de Jesús en el nuevo pueblo de Dios»⁷⁹. Efectivamente, María, que en su día dijo sí al ángel Gabriel y engendró al Hijo de Dios, posibilitando de esta manera la Encarnación, se encuentra *significativamente* presente en el nacimiento de la Iglesia, implorando «con sus oraciones el don del Espíritu, que en la Anunciación la había cubierto a ella con su sombra» (LG 59). Las plegarias ardientes de la Mujer por excelencia preparan el alumbramiento de la comunidad de Jesús en los últimos tiempos mediante el gran Don escatológico, el Espíritu, que va a constituirse en el alma de la Iglesia. Las historias familiares de Lc 1-2 se repiten ahora, cuando se está gestando la Iglesia⁸⁰. Se vuelven, a su vez, en historias eclesiales.

⁷⁸ J. RATZINGER, *Fe, verdad y tolerancia. El cristianismo y las religiones del mundo* (Salamanca 2005) 141.

⁷⁹ J. KÜRZINGER, *Los Hechos de los Apóstoles I* (Barcelona ³1985; Herder) 38.

⁸⁰ Cf. G. LÜDEMANN, *Das frühe Christentum nach den Traditionen der Apostelgeschichte. Ein Kommentar* (Gotinga 1987; Ruprecht) 33. Este autor propone que la lista sea entendida

María se convierte así en un miembro privilegiado de la incipiente comunidad de Jerusalén y en la testigo primera de la acción del Espíritu. De hecho concentra en su persona los dos principales rasgos de la comunidad: la vida en común y la oración. Algunas de las figuras presentadas van a jugar una importancia excepcional en el desenvolvimiento del primer cristianismo, como Pedro y Santiago, mencionado explícitamente el primero e implícitamente el segundo. Otras, es el caso de María, va a estar oculta como lo estuvo en la vida pública de su Hijo. La discreción y la efectividad constituyen sus principales características en la marcha de la comunidad naciente.

Entre los integrantes de la comunidad primitiva también se encuentran los *hermanos de Jesús*, que son nombrados en conjunto sin mencionar sus nombres propios, de modo que en la expresión pueden también ser integradas sus hermanas⁸¹. Resulta imposible especificar más la tradición de cómo llegaron éstos a pertenecer a la primitiva comunidad. Constituye un conocimiento general que tiene el evangelista, no precisado con más rigor porque quizás sus noticias al respecto fueran vagas. Tiene visos de probabilidad, que la familia de Jesús acabó aceptando la fe *mediante las apariciones*. De hecho, Pablo conoce por la tradición una aparición tenida por Santiago, el primo-hermano de Jesús (1 Cor 15,7).

Tampoco podemos descartar en absoluto que, además de su Madre, alguno de sus parientes más cercanos estuvieran vinculados al movimiento de Jesús *durante* su actividad pública. La referencia de Jn 7,5 «*ni siquiera ellos (sus hermanos) creían en Jesús*» no abarca a *todos* sin excepción. Se trata de una afirmación global, que no excluye el que alguno de ellos sí creyera en

así: en una especie de «sagrada familia de la comunidad primitiva», formada por las familias de los discípulos y la familia del Señor. «El esquema, construido en quiasmo, sería éste: hombres [los doce apóstoles] / sus mujeres - mujer(es) [María, la Madre de Jesús] / hombres [los hermanos de Jesús]. La propuesta tiene sin duda su sentido.

⁸¹ Ya hemos mencionado que un primo-hermano de Jesús, Santiago, ocupó un puesto decisivo en la comunidad de Jerusalén (Hch 12,17; 15,13ss; cf. Gal 1,19; 2,9.19). Nada sabemos por Lucas de si sus otros hermanos también tuvieron algún cargo directivo en ella. Una tradición que proviene con probabilidad de Hegesipo y que transmite Eusebio de Cesarea, nos da pie para afirmar que efectivamente algún primo hermano ejerció funciones de responsabilidad, sucediendo a Santiago en el cargo, después que éste fue martirizado en Jerusalén: «los apóstoles y discípulos del Señor que todavía vivían se reunieron de todas las partes en un mismo lugar, junto con los que eran de la familia del Señor según la carne (pues muchos de ellos aún vivían), y todos celebraron un consejo sobre quién debía ser juzgado digno de suceder a Santiago, y todos, por unanimidad, decidieron que Simón, el hijo de Cleofás –mencionado también por el texto del Evangelio (cf. Lc 24,18; Jn 19,25)– era digno del trono de aquella iglesia, por ser primo del Salvador, al menos según se dice, pues Hegesipo refiere que Cleofás era hermano de José» (*Historia Eclesiástica* III, 11; BAC 349; Madrid 1973) 145.

Él. Tampoco Mc 3,20s contradice lo expuesto, de modo que el sentido de su narración puede entenderse en esta misma línea trazada.

Pero más allá de detalles o curiosidades, importa resaltar lo que afirma el evangelista, de que todos los reunidos en Jerusalén esperan con impaciencia la fuerza del Espíritu para cumplir el encargo de Jesús de ser sus «testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta los confines de la tierra» (Hch 1,8)⁸². Y María, junto con sus parientes, ofrece su presencia y la fuerza testimoniante de su oración, para que llegue a su cumplimiento lo ordenado por su Hijo glorificado. Algo que efectivamente se lleva a cabo, como sabemos por la narración posterior.

Para nosotros resulta trascendental comprobar cómo la familia terrena de Jesús, llegado el momento oportuno, en el que sin duda intervino decisivamente la gracia del Espíritu, acabó integrándose en la familia de Dios. Con ello se nos proporciona un ejemplo de primer orden a las futuras generaciones. También nosotros, que contamos con una familia biológica, estamos llamados a poner todo nuestro corazón para que esa familia pase a pertenecer a la familia de los hijos y hermanos del Reino, que es cuando aquélla llega a su plenitud. En la célula primera de la más importante comunidad de toda la historia del cristianismo destaca la figura de María, la Madre por antonomasia, junto con los hermanos de Jesús, cooperando al nacimiento de la Iglesia con su oración. Los que se habían mantenido de forma crítica, distanciados de Jesús durante su actividad pública, se convierten ahora, con la compañía y asistencia de la Madre en miembros activos por derecho propio en la naciente comunidad cristiana.

Desenlace: La familia en el cristianismo primitivo

Desde el punto de vista humano, Jesús fracasó en su intento de formar con su pueblo la fraternidad propia de los hijos de Dios. «No alcanzó el anhelo, que como judío se había forjado, de convertir y aunar a Israel» (J. Kremer). Su Muerte constituye el último acto, el más significativo de todos, por lograr lo que durante su actividad pública no había podido lograr. Lo que hace de su sorprendente entrega hasta el último suspiro una ofrenda mucho más gratuita y meritoria.

Pero donde acabó la actividad humana, cuando todo parecía perdido, comienza la acción portentosa de Dios con la fuerza creadora del Espíritu.

⁸² Cf. G. SCHNEIDER, *Die Apostelgeschichte* 1 (HThKNT 5; Friburgo - Viena - Basilea 1980; Herder) 134-139.

La fecundidad de su Muerte se acredita en la Resurrección y en el resurgimiento definitivo de su fraternidad. La sangre derramada en el Gólgota se convierte en «pequeñas gotas que renuevan el universo entero, y que –igual que el jugo de la higuera hace cuajar la leche– nos reúne y aprieta a todos los hombres en uno solo»⁸³, hasta formar una familia, la *familia Dei*.

De la muerte de Jesús nace la vida y se origina la unidad. Con la acción de levantar a Jesús del reino de la muerte, el Padre confiere un sí definitivo a la vida, que se alarga a todos los hombres. El fracaso pasa a convertirse en victoria definitiva (1 Cor 15,54s). Aquello por lo que Jesús se desgastó durante su vida terrena: *formar la familia nueva de los hijos y hermanos del Reino*, adquiere ahora su forma definitiva, ya que posee en adelante el sello de la autenticidad divina. La fraternidad de Jesús se convierte en la fraternidad del mismo Padre en el Hijo por el Espíritu y de todos aquellos que creen que a través del Señor obra Dios mismo (Mt 28,10; Jn 20,17). El Padre da su conformidad al proyecto albergado por su Hijo en su andadura terrena y está decidido a llevarlo a efecto con la fuerza del Espíritu en una comunión infinita de amor.

El resurgimiento de esta familia constituye la base firme, en la que se asienta el cristianismo. Éste no es otra cosa que la *familia Dei*, que nace de la Pascua de Cristo, su Señor, el que en su vida terrena, ungido por el Espíritu Santo, había pasado por el país de los judíos haciendo el bien (Hch 10,38). Pues bien, desde los inicios del cristianismo la familia representó una de sus instituciones más decisivas y uno de sus pilares más sólidos. De hecho se acreditó como el punto clave, que favoreció la rápida extensión del cristianismo a lo largo de todo el Imperio Romano. Y en el sostenimiento de la familia cristiana jugó una importancia esencial la mujer. Así aparece en la literatura del Segundo Testamento, que nos informa, aunque sólo sea de forma tangencial, de este tema.

1. Conversión de familias enteras

Desde sus comienzos el cristianismo respetó la familia patriarcal tradicional, como estructura básica de la sociedad, incorporando en ella las modificaciones efectuadas por Jesús y que hemos señalado anteriormente. Aceptan las leyes justas del imperio, pero sólo adoran a su Salvador y cumplen sus mandatos por encima de todo. Los grandes misioneros de la pri-

⁸³ HIPÓLITO DE ROMA, *Comentario al Cantar de los Cantares* I,16.

mera hora, prestando fidelidad a su Señor, no sólo evangelizaron a personas individuales, también a familias enteras, que pasaron a integrarse en las comunidades cristianas primitivas como miembros de pleno derecho en la *familia Dei*.

En *Los Hechos de los Apóstoles* se nos informa que algunas familias se convirtieron en masa, al recibir el *paterfamilias* el bautismo. Conviene mencionar, en primer lugar, el sonado episodio de la prole de Cornelio, el centurión romano, primer convertido de la gentilidad, según Lucas. Ganado por Pedro para el evangelio, llegado el momento propicio, él y toda su familia pasaron a formar parte de la comunidad cristiana (Hch 10,30-33.44-48). En Corinto conviene añadir el caso de Crispo y su familia, atraídos por Pablo a la fe cristiana: «*Crispo, el jefe de la sinagoga, creyó en el Señor con toda su casa, y muchos corintios que oían la predicación, creían y se bautizaban*» (Hch 18,8).

Y en Filipos conocemos también el sorprendente caso del encargado de la cárcel, en la que estuvieron presos Pablo y Silas, después de haber sido azotados rigurosamente con varas. Liberados éstos a altas horas de la madrugada de forma portentosa, después de algunas peripecias, tuvieron tiempo para evangelizar al carcelero y a toda su familia: «*Y le predicaron la palabra del Señor a él y a todos los que había en su casa. En aquella misma hora de la noche, el carcelero los tomó consigo, les lavó las heridas e inmediatamente recibió el bautismo con todos los suyos*» (Hech 16,32s).

2. La casa familiar como localización de la comunidad y lugar de la celebración de la Cena del Señor

Y las familias convertidas contribuyeron de manera bien significativa a la extensión del mensaje cristiano. La casa patriarcal sirvió para configurar decisivamente la vida y las relaciones internas de la comunidad cristiana. La familia terrena se convierte así en signo eficaz de la familia de Dios. En un ambiente festivo se celebra la Cena del Señor, la gran mesa familiar en torno al Padre del Reino y en cuyos manjares participan los hijos.

La *Cena del Señor*, presidida por Pablo en la comunidad de Tróade «*el primer día de la semana*» ἐν δὲ τῇ μιᾷ τῶν σαββάτων)⁸⁴, pasado el año 50 de nuestra era y recogida en Hch 20,7, constituye la prueba histórica más an-

⁸⁴ Lucas sigue aquí muy posiblemente el cómputo romano de contar el día. La celebración de Tróade tuvo lugar, según esto, el domingo por la noche. El cómputo judío hacía coincidir el empezar el día con la caída del sol.

tigua⁸⁵ de que los cristianos celebraban la Eucaristía en domingo, es decir, el *día del Señor*, manteniéndose la reunión durante la noche; sin duda por coincidir con el tiempo más ajustado a los intereses laborales de los creyentes. Con las lámparas encendidas presencializaban gozosos al Resucitado (Hech 20,8). Esta práctica tenemos que retrotraerla sin duda a la primitiva comunidad de Jerusalén desde sus primeros momentos. Con buenas razones hemos de suponer que empieza en la Iglesia Madre, como memoria agradecida de la Pascua del Señor y respuesta obediente a su mandato (Mc 16,1-2 par); después se extendió a las demás comunidades.

En las comunidades cristianas, conviene resaltarlo como se merece, el sábado da paso, en la expresión de su culto básico, al domingo, la gran efemérides cristiana para recordar en la forma debida la Resurrección del Crucificado. El *día del Señor* se convierte, de este modo, en el fecha apropiada para el servicio religioso y la asamblea litúrgica de todos los creyentes, reunidos en un ambiente familiar. Ya desde sus orígenes los creyentes eran conscientes, y así lo ponían de manifiesto en la elección del tiempo y del lugar, de que su oración cumbre ofrecía características muy singulares, que la diferenciaban de las demás prácticas judías.

Este hecho trascendental separa la celebración cristiana del judaísmo y del resto de las religiones de la época, inaugurando una *época nueva* de la relación orante de la comunidad con Dios. La celebración principal cristiana en torno a la mesa familiar se remontaba hasta Jesús mismo, que fue quien la noche de su Pasión, antes de ser entregado, instituyó, en compañía de sus discípulos más próximos, el signo de la Cena hasta su venida en Parusía (Mc 14,25 par; 1 Cor 11,26 par). El mismo Jesús quiso que la memoria de su gesto se perpetuara en el tiempo. Y sus seguidores primeros, conscientes de la trascendencia del hecho, guardaron siempre fidelidad a sus deseos, expresados como testamento espiritual, en la noche misma en que fue entregado (Lc 22, 19b; 1 Cor 11, 24s). Pablo se encuentra en esa misma línea de respeto a lo mandado por el Señor y nos suministra información inestimable sobre el desarrollo de las celebraciones (1 Cor 11).

⁸⁵ Cf. también 1 Cor 16,2; Ap 1,10. Por 1 Cor 16,2 nos enteramos que en la celebración eucarística se celebraban también *colectas* en favor de los necesitados. Estas ayudas efectivas pueden considerarse, del mismo modo, como parte de la plegaria eucarística, así como verdadera liturgia y oración práctica. En Ap 1,10 comprobamos que el día del Señor, más que ningún otro día, se ajustaba a la *contemplación extática*, ya que la relación íntima con Dios se intensificaba, como no podía ser por menos dada su importancia, en la celebración eucarística.

3. Las correcciones en la familia patriarcal mediterránea

Además, prosiguiendo las intenciones de Jesús, los primitivos cristianos hicieron correcciones precisas, de acuerdo con postulados de su fe, planteando una *alternativa* a los comportamientos del mundo. Entre esas correcciones podemos mencionar: la dignidad fundamental de todos los miembros por el bautismo; la igualdad y reciprocidad en las relaciones entre el esposo y la esposa; la superación de la realidad del divorcio y la introducción de la virginidad por el Reino; la aparición de graves conflictos surgidos con la familia biológica; la apertura universal de la *familia Dei* a todos los pueblos (Mt 28,19). Pero no queremos ir más lejos. La familia en el cristianismo primitivo no puede ya ser objeto de nuestro estudio.